

Marco Fabio Apolloni

**EL MISTERIO
DE LA POSADA SERNY**

**En la Roma de 1839,
Stendhal, Nicolai Gogol, el mejor mago
de la historia y una cantante de ópera
descocada hacen, dicen y cuentan
lo que el lector quiera creerse**

Traducción de
Francisco Campillo García, OMRI

EDITA **A. Machado Libros**

Labradores, 5. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)

machadolibros@machadolibros.com • www.machadolibros.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, incluido el diseño de cubierta, ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. Asimismo, no se podrá reproducir ninguna de sus ilustraciones sin contar con los permisos oportunos.

Título original: *Il mistero della Locanda Serny*

© Marco Fabio Apolloni

© de la traducción: Francisco Campillo García, 2022

© de la presente edición: Machado Grupo de Distribución, S.L., 2022

REALIZACIÓN: A. Machado Libros

ISBN: 978-84-7774-494-8

DEPÓSITO LEGAL: M-24.808-2022

Impreso en España

Índice

Primera parte	7
La posada Serny	9
La historia del cicerone descuartizado	17
La historia de Santa Mirla	59
Segunda parte	89
La <i>table d'hôte</i>	91
Tres aventuras de Bartolomeo Bosco	95
La habitación de la esquina	125
El cuento de la cantante magnetizada	137
Tercera parte	183
El el carruaje	185
La fiesta	219
El camerino	227
El palco	233
Apéndice	237
Carta del cónsul francés en Civitavecchia a un amigo	239
Carta del inspector de la Policía Criminal del Rione di Borgo al cardenal Luigi Lambruschini, secretario de Estado	243
Carta de Bosco a Serny	255
Carta de Giuditta Grissi al señor Westhall, director del Teatro Haymarket de Londres	259
Del archivo personal de Su Majestad el Rey Carlos Alberto de Cerdeña	261
Carta de un remitente anónimo a un destinatario no identifi- cado	263
Carta de Alessandro T*** a Bartolomeo Bosco	265

Carta del cardenal Luigi Lambruschini, secretario de Estado, al nuncio apostólico en Nápoles	267
Carta del ministro Von Metternich al conde Ludolf, embaja- dor de S.M.I. el Rey de Austria D. Fernando en Roma .	271
Carta de Roma a San Petersburgo	273
<i>Post scriptum</i>	283

Primera parte

La posada Serny*

He vivido en muchos sitios donde la gente dice que hace buen tiempo incluso cuando llueve; en cambio, en Roma parece que se viva a la espera, cada vez que a Dios se le antoje dejarlo caer, del mismísimo diluvio universal. Las calles y plazas se convierten en ríos y lagos amarillos o rojos, según el color de la tierra milenaria del que esa agua se preña: las cloacas abiertas donde el agua corre a verse retumban como si su negra boca, abierta de par en par, fuera la boca de un horno a pleno rendimiento. Las cloacas de Roma bien podrían tragarse a un hombre, pero no hay un alma por las calles: los romanos tienen miedo a mojarse como si lo que cayera del cielo fuera fuego y se refugian en sus casas o en sus chabolas aterrizados por la posibilidad de que cualquier rayo vaya a buscarlos a su madriguera, rompiendo ventanas y puertas para luego brincar de un objeto metálico a otro siguiendo lo que ellos creen una lógica caprichosa y cruel. Dicen que ayer mismo un rayo fue a parar a una casa de por aquí cerca, precipitándose por el conducto de una estufa hasta el apartamento que tenía alquilado una dama inglesa, quien en ese momento se estaba bañando en una bañera de metal. Dicen que la encontraron como si estuviera hervida; sin embargo, en todo lo que va diciendo la gente no se oye ningún lamento por lo atroz del caso, sino que, por el contrario, se percibe más bien una cierta satisfacción por la habilidad del rayo para sorprender a traición

* Durante toda la novela se adopta la convención de escribir en cursiva el discurso interior (pensamientos, sueños) de los personajes. Los diálogos figuran entre comillas latinas. (N. del T.)

a una mujer que, además de ser toda una hereje, estaba ocupada en una actividad tan civilizada como la de darse un baño, algo que aquí en Roma todos entienden como un acto extremo de voluptuosidad pecaminosa. Quien conoce a los ingleses saben bien lo poco de verdad que hay en esta afirmación. Eso sí, si durante la tormenta quien se hubiera estado bañando hubiera sido una francesa, quizá esas voluptuosas fantásticas tendrían al menos algún sentido, su gracia. En cualquier caso he ordenado que saquen de mi habitación el semicupio de plata dorada, mi apreciado y constante compañero en todo viaje, valioso regalo de la condesa Gureva —de soltera Narinski—, cuando tuve el honor de que me acogiera como huésped en la embajada imperial en Florencia. En lugar de ese objeto tan imprescindible para mi aseo, he pedido al dueño de la pensión que me preste un gran cubo de madera, que huele a jabón y lejía y que por supuesto no armoniza con el resto de la decoración, pero que, en compensación, sirve como un excelente aislante eléctrico. Hay tanta electricidad en el ambiente que esta tormenta consigue alterarme. Cuando contemplo los árboles asustados ante el cielo plomizo, del mismo color de las cúpulas de esta ciudad, y el torrente que desciende por la empinada cuesta que pasa por ahí abajo, esa cuesta por la que, por el contrario, en los días de sol pasean alegres carrozas y gentes tan variopintas que van y vienen camino de la Passeggiata del Pincio, no consigo desterrar de mi mente un cierto sentido de tragedia. Lo cierto es que no llueve tanto como para conseguir desbordar el Tiber, como el señor Serny me ha dicho que ya ha sucedido más de una vez, algo de lo que dan testimonio ciertas placas de mármol que pueden verse en las paredes o puentes de la ciudad y sobre las que hay grabadas unas pequeñas manitas con el dedo índice estirado, que sirven para recordar la altura a la que llegó la inundación de tal o cual año, un índice que casi parecen hacerte creer que Nuestro Señor se divierte amenazándonos una y otra vez con sumergirnos bajo las aguas, solo que en el último momento se le antoja cambiar de idea. Lo cierto y verdad es que si los papas levantaran malecones, como los hay en París, como los hay en Londres, como también los hay en nuestra Turín, en vez de estar continuamente amonestando al río con el dedo índice, ya no harían falta ni placas ni plegarias. Yo solo rezo porque se vaya pronto este dolor de cabeza, pues ni siquiera las compresas empapadas con la milagrosa agua de colonia del rey de Inglaterra consiguen darme algo de alivio. Aquel fue un gesto verdaderamente digno de un monarca —pobre hom-

bre—, el de ofrecerme la suya propia, destilada especialmente para él en Colonia. Pero ahora que han sentado en el trono a esa niña tan antipática, no tendré otro remedio que rendirme y renunciar para siempre a la colonia una vez se haya acabado lo que me queda. ¡Pobre rey Jorge! Me quiso mucho, sí. Vuelva pronto a verme, dijo, pero el destino no lo quiso. Aquí lo tengo, su imagen rodeada de brillantes, mirándome. Es mejor que me la lleve; sinceramente, no me fio de dejarla en la habitación. Por muy segura que sea la posada del señor Serny, todo el mundo sabe que ni los santos están exentos de una tentación. La verdad es que el retrato no se parece mucho, pero la tabaquera es sin duda digna de un rey. Cogeré solo un poquito, quizás haga que se me quite este dolor.*

«¿Sería tan amable de ofrecerme un poco de su rapé, por favor?»

Ya estamos. En cuanto la abro todos se acercan de inmediato como moscas: aquí está, sírvase, le concedo el honor de meter sus flácidas zarpas en mi tabaquera, digna de un príncipe.

El tabaco no vale gran cosa: en Roma uno aprende a conformarse con lo que hay. Por amor de Dios, qué nariz tiene este tío tan raro, parece un calzador de marfil sobre el que se hubieran cagado las moscas. ¡Eso es, desparrámalo sobre el chaleco, sin miedo, cómo se nota que no lo pagas tú!, ¿será posible?, ¡y qué chaleco!, ¡parece que se lo hubiera hecho un ciego!, ¡tiene todos los colores de las mil y una noches!, ¡que ni pintado para inhalar rapé sin parar todo el día!, ¡entre tanto color no se nota el polvo que se le cae encima al muy torpe! Le ha quedado rapé hasta en el bigote, ¿es que no tiene siquiera un pañuelo para limpiarse? Quizá sea tan guarro que le da vergüenza quitárselo. ¿De qué rincón del planeta habrá salido un tipo como este? Parece un francés de provincias, pero no es un francés de verdad, habla fatal. «Pero se lo ruego, siga cogiendo, siento mucho que no sea del que acostumbro a tener, ¡ya sabe usted bien la que le pueden montar a uno en la aduana de este país, ¡aunque sea por un poco de tabaco!» Cuánta ceremonia, cómo te veo venir, ¡y qué bien conozco tu país!

* En la Italia del XIX *locanda* (it.), que hemos decidido traducir por *posada*, era el nombre que se daba a un establecimiento que abarca desde lo que hoy conocemos como una pensión hasta un hotel de lujo. (N. del T.)

Pero se ve en seguida que no eres un caballero, ¡tú debes haber escapado de Siberia!, ¿conoce usted Siberia, señor mío? Me entran ganas de preguntárselo, me gustaría ver la cara que pone, seguro que se pondría más pálido de lo que ya es. ¿Quién será? Seguro que no es un empleado de la embajada, vestiría mejor. Lleva el pelo largo, como un artista, como los mujik de su país. ¿Qué hace aquí un mujik como usted, caballero, en un hotel para gente de categoría?, ¿es secretario de alguien, un seminarista que ha escapado de su tierra porque no quería hacerse cura?, ¿nació esclavo? Por las manos no lo parece, este señorito no ha trabajado en su vida, pero las uñas las lleva de luto y los dedos están manchados de tinta. Eso es, es un chupatintas, el secretario de algún gran noble, de esos que hacen cuentas a ver cuánto más se puede exprimir la tierra y al campesino para que su amo pueda seguir viajando; de esos que luego a escondidas escribe en casa poemas con los que bebe y llora en compañía de otros chupatintas de su misma estirpe. ¿Pero dónde quieres meter tus narices, so cochino?, ¡claro, en tu vida has visto una tabaquera como esta, pobre muerto de hambre! Se mira, se mira pero no se toca, es Carlos X de Francia —qué pena, al pobre rey Jorge ya no lo reconoce nadie—. Eso, eso, créete si quieres que el de la tabaquera es Carlos X. Vaya tipo el Carlos, de ese no se podía esperar de regalo ni siquiera una cajita de cartón para guardar las colillas, pero ha acabado pagando toda su prepotencia el señor Carlitos, ese imbécil que cuando supo que yo no era noble ni siquiera se dignó a recibirme: “Pour voir un bateleur Nous allons à la foire”, mandó que me dijeran. ¡Pero bien le han hecho pagar los parisinos por todo, por toda su soberbia!, ¡qué fácil le resultaba insultarme, a mí, a alguien a quien todas las cabezas coronadas de Europa consideran un honor poderlo contemplar con sus bocas abiertas! Y también ese zar tuyo, el que murió, Dios lo tenga en su gloria, se divertía conmigo como un niño, pobre hombre. ¿Cómo? «¿Que también usted tiene una que enseñarme?» ¿Dónde vas con esas manecitas tuyas tan sucias, feo campesino ruso?, ¿cómo?, ¿que quieres que pruebe tu tabaco?, ¿que lo has pasado bajo mano por la aduana de Roma y por la del sultán de Constantinopla? Me gustaría mucho, aunque fuera solo una excusa para iniciar una conversación. ¡Qué me vas a decir a mí de lo que se aburre uno cuando llueve! Pero... ¡bendito sea Dios y Dios sea bendito!, ¿dónde la habrás robado? Es de malaquita, la conozco de sobra, claro sé bien que es una piedra no muy común y que solo se encuen-

tra en tu país. Ay, deberías ver el neceser de viaje que me regaló el zar Alejandro, si es que aún lo tuviera. Todo de malaquita, tanta que se podían hacer cien tabaqueras como la tuya. ¿Será que el zar Nicolás es un padre generoso incluso con esos súbditos suyos de poca mollera, como tú? Menos mal que te lo dices tú todo. Qué pena, querido, que no conocieras a su hermano, pero eres demasiado joven: aquella sí era de verdad la edad de oro de la generosidad de los príncipes. ¿Dices que tuviste el privilegio de entretener al zar en el teatro?, ¿pero qué eres exactamente?, ¿también tú eres un cómico, como yo? A lo mejor eres un cantante. No, te faltan pulmones, tus pulmones te dan solo para estar de cháchara. ¿No serás un empresario, uno de esos piojos sedientos de sangre que ha venido a contratar a un capón o una gallina de aquí para que se dedique a pegar gritos en los teatros de San Petersburgo? Pero no, no puede ser, esa gente va llena de sortijas, colgantes y cadenas de oro como para deslumbrar a un ciego. «¡Ah!, ¿que ha tenido la fortuna de escribir una comedia que ha satisfecho el caprichoso gusto de sus compatriotas? Bueno, es todo un placer para mí conocer a un hombre de talento.»

«¡Aaachís!... Sí señor, buen tabaco. Se lo agradezco. ¿Podría ver más de cerca su tabaquera de color verdoso?, ¿pero cómo que no la tiene? Pero sino me la ha dado, si siempre la ha tenido usted en la mano... *Míralo como se asusta, mejor se la devuelvo antes de que me acuse de ladrón. Este hombre es capaz de poner patas arriba el hotel entero.* «Mire bien en sus bolsillos, señor mío, en los de su precioso chaleco por ejemplo, quizá se la haya vuelto a guardar sin darse cuenta. ¿Ve usted, ve qué le había dicho? Ahí la tiene. Pero sáquela, por amor de Dios, compruebe, se lo ruego, si aún le queda rapé, pues alguien cualquiera se lo podría haber quitado delante sus propias narices. Vamos, mire a ver, soy yo mismo quien se lo ruega. ¿Lo ve? Aquí hay algo que se ha deslizado dentro, ¿y qué podrá ser?, ¡mecachis, pero si es una de mis tarjetas de visita! ¡Pero cuidado, que me lo está tirando todo encima!»

«Sí señor, ese es mi nombre, Bartolomeo Bosco, prestidigitador, o mago, si así lo prefiere, para servir a Dios y a usted. Sí, *ese* Bosco, justamente, muy honrado, disculpe por haber querido presentarme de este modo, como dice usted, lo he hecho para

alejarse un poco este aburrimiento. Es lógico que no me haya reconocido con estas ropas.» *Tampoco puedo ir vestido de etiqueta, como un sepulturero, todo el tiempo.* «No, no, le prometo que ahora no le sacaré monedas de su nariz ni un reloj de sus orejas. ¿Y usted, cómo se llama? Encantado, un placer. ¿Pero todo el mundo en Roma le llama así, señor Nicolò? Magnífico, yo haré lo mismo. Por supuesto, sentémonos, también yo tomaré una taza de té. Sí, ya sé que el señor Serny tiene un samovar siempre hirviendo a disposición de sus huéspedes rusos». *Será todo un honor verte morder terrones de azúcar con esos colmillos tuyos, amarillos como los de un caballo amaestrado. Bueno, al menos has hecho que se me pase el dolor de cabeza.* «¡Camamero! Por supuesto, por supuesto, no hay otro hotel mejor en toda Roma; aquí parece como si uno se hospedara en la propia casa de un anfitrión de la nobleza. He dicho an-fi-trión, sí, es una palabra griega, antigua...», *anfitrión de un cornudo ignorante como tú.* «En efecto, esta es sin duda la única posada de Roma donde no se dedican a sacarle a uno hasta los ojos, tiene usted razón, ni siquiera en París hay una que se parezca. Sí, sí, es realmente sorprendente la colección de cuadros del señor Serny, digna de una casa de abolengo, aquella por ejemplo es una madona del Parmigiano. No, no, ese parmesano no tiene nada que ver con el queso, fue un pintor que vino a Roma desde Parma. Exacto, eso, como el queso, pero no es lo mismo.» *Anda y vete a tu país a darle besos a esas vírgenes llenas de humo, bárbaro moscovita.* «Sí, ese es un buen retrato, apuesto a que esos ojos le ponen la piel de gallina; ese viejo cardenal avaro, como dice usted, fue en realidad un gran papa del Renacimiento, y el señor Serny está seguro de que es de Tiziano.» *Titiana, Titiana, eso, justo como lo dices tú, al menos a este lo conoces.* «Me complace que vuestro amigo el pintor piense lo mismo. ¿Dice que es un compatriota suyo que pinta aquí, en Roma? Sin duda, la mejor escuela del mundo.» *Escuela de borrachos, digo yo, que venís a emborracharos en las tabernas dándoos unos aires que parece que fuerais el mismo Rafael.*

«No, usted exagera, en mi modestísimo arte no soy ni un Tiziano ni un Rafael. Solo soy un buen maestro del engaño. Como en la pintura, es sobre todo cuestión de luz, basta la penumbra de una vela —¿sabe?— para convertir en mágico el más vulgar de los

objetos, un huevo, un pañuelo, esta cucharita de plata, por ejemplo. ¡Mire qué fácil es romperla! ¿Lo ha visto? No tenga miedo, aquí la tiene otra vez toda nueva, como si nada. Oh, gracias, gracias, pero es un truco muy sencillo, tonterías que cualquiera puede hacer mientras toma el té. No, yo no quiero azúcar. Es como usted dice, los trucos de todos los oficios se parecen, también quien escribe puede hacer magia. Lo comprendo perfectamente, la lengua rusa, tan santa, tan auténtica es otra cosa. ¿También usted en su lengua es un mago y su pluma es como una varita mágica?» *«¿Qué modesto soy!, ¡pues claro que entiendo esa lengua tuya tan estrafalaria, pero estás fresco si crees que te lo voy a demostrar, por nada del mundo quiero que me vuelva el dolor de cabeza! «¡Ah, sí, qué desgracia no poder escuchar una lengua como se escucha una música, pero nos conformaremos con hablar en francés, la lengua universal del mundo civilizado. No, yo no soy francés, soy súbdito sardo. No, no exactamente de la isla, quiero decir que soy piamontés, súbdito de su majestad sarda, que no es lo mismo.*

¿Está contento con que yo no sea francés?, ¿dice usted que es así, “francés”, como en su país llaman a los cerdos?» Eso, eso, grítalo más fuerte, que aquel señor de allí pueda dar un salto aún mayor en su silla, o que haga que acabes con una bala en el cerebro tras batirte en duelo. Siempre habéis estado igual de locos vosotros, los rusos, menos mal que al buen señor le ha dado por reír, con lo que supongo que el buen señor tampoco es francés, gracias a Dios. «¿Cómo dice?, ¿una historia?, ¿que si tengo algo de tiempo que perder para escucharla? Dudo mucho que pierda el tiempo si quien la cuenta es usted. Al menos hasta que no llegue la hora de comer. Sin duda será un placer escucharle para engañar el tiempo en una mañana tan horrible como esta.» Ponte a molestar, ponte a zumar pobre insecto, me aburro tanto que incluso tu molestia puede distraerme.

«No desearía ser inoportuno, señor Bosco, pero precisamente por ser usted quien es me propongo demostrarle que una historia puede resultar más sorprendente que sus juegos de magia, y me gustaría que fuese usted mismo quien juzgara si en tal sentido yo soy o no mejor que usted.»

Ten cuidado, enano descarado, con no faltarme al respeto con tu prepotencia de literato, cierra tu boca con puerta y pestillo, que no soy yo juez indulgente con los marisabidillas como tú. «Oh, me siento enormemente honrado de que usted me haya nombrado juez y árbitro de su talento. Desde ya mismo estoy seguro que sentenciaré su victoria, pero dígame, ¿qué otra cosa podría hacer que no le ofendiera?»

«No hay castigo que no me haga más fuerte.»

«¿De verdad? Entonces de acuerdo, trato hecho, se da comienzo al juicio, le escucho, pero ya le premie o no permítame el privilegio de la sorpresa, es lo mínimo que un mago puede ofrecerle. No me pida de inmediato un juicio apresurado. Permita que sea yo quien elija el momento oportuno. Se lo pido por amor al golpe de efecto.» *¿Y ahora qué es lo que hace?, ¿se está durmiendo?* «Señor Nicolò, qué le pasa? ¡Despierte! ¿Está bien? ¿Está usted bien?» *Ah bueno, ¿que te estás concentrando para contármela mejor? ¿Será posible, pero mira que estás loco!*

La historia del cicerone descuartizado

«Y es así como me la encontré durmiendo a la señora Palmira, sentada y abrazada sobre la barriga al brasero lleno de ceniza que la cubría de humo, con un gato más negro que el carbón acurrucado sobre sus rodillas ronroneando como un moscardón. Debería saber que aunque me encuentre bien aquí, y aunque no sea mucho cinco francos por la habitación y cinco por la cena, yo no soy especialmente rico, y como tampoco quiero marcharme pronto de Roma, estoy buscando un apartamento.

Rusia está lejos, pero está bien donde está por el momento, aunque esté sin mí. Es por eso que me he puesto a buscar, un poco por ahorrar y un poco porque estoy trabajando y necesito dictar en voz alta, y está claro que en una pensión uno no puede hacer lo que le venga en gana a cualquier hora del día o de la noche.

El caso es que ese compatriota mío pintor del que le he hablado, que vive aquí desde hace años y es capaz de reconocer a un hombre honrado con solo verlo, me ha presentado a un joven que se gana la vida acompañando a los viajeros a visitar las ruinas; es muy honrado, a pesar del oficio al que se dedica, pues no en vano es el hijo de la señora Palmira, una mujer que alquila su casa a extranjeros sin ofrecerlos como manjar a pulgas y a chinches. El hijo despertó a su madre como si hubiera llegado a casa un gran amigo, y la verdad es que, apenas supo que yo era ruso, la señora Palmira se abalanzó hacia mí para abrazarme, haciendo caer al suelo el calientacamás llenándome de cenizas los zapatos y haciendo que se asustara el gato, que se escapó veloz de la habitación como si fuera un mal pensamiento. “¡Qué belleza, qué belleza!”, me dijo tras ha-

berme abrazado como no lo habría hecho ni mi ama de cría, que no me ve desde hace veinte años. “¡Usted no sabe que de Rusia vienen todas nuestras alegrías y que mi marido, si es que aún sigue vivo, se lo debe todo a una gran señora rusa, quien se lo llevó a trabajar para ella allá en su precioso palacio!” El hijo, situado a espaldas de la madre, me hacía señas para que la dejara hablar y no hiciera mucho caso de cuanto me dijera. Ella me cogió la mano y quiso llevarme a su dormitorio mientras me decía: “¡Venga, venga!, ¡aquí tengo una cosa muy bonita!, ¡una cosa de su país!” El hijo me hacía gestos para que no me preocupara y me dejara llevar, lleno de curiosidad como estaba, a la habitación, donde vería algo que jamás habría sospechado encontrar allí. Señor, usted es italiano, no uno de esos franceses que no respetan nada y sobre todo la fe del pueblo en las cosas de religión. Yo he estudiado mucho y he frecuentado muchos salones y muchos cafés como para poder conservar aún esa fe sincera e inocente que tiene la gente sencilla, pero cuando entré en aquella habitación me hincué de rodillas y me santigué a nuestro modo, como lo hace la verdadera iglesia de Cristo. En la pared, con su precioso recubrimiento de plata e iluminada por una pequeña lámpara de cristal, había un auténtico icono ruso de la Madre del Salvador con Su Hijo. Usted quizá no llegue a comprenderlo, pero en aquel momento volví a ser niño, a los tiempos en que mi madre me llevaba en brazos a besar las imágenes de la iglesia. Me parecía un milagro poder contemplar uno de nuestros santos iconos en Roma, tan lejos de Rusia. Con la cabeza llena de todas esas historias de milagros que escuchaba de pequeño me sentía capaz de poder creer en cualquier cosa, pues estaba seguro de eso, de que estaba a punto de escuchar una historia increíble. Y eso es justamente lo que sucedió, como podrá comprobar si tiene usted la paciencia de escucharme. Doña Palmira es todavía toda una matriarca de aspecto distinguido, que podría pasar perfectamente como una madona de Coriolano o una de aquellas madres que ordenaban a sus hijos volver de la guerra con su escudo o sobre él, como un pollo sobre un plato; me contaron que de joven era bellísima. Tan bella era que antes de su matrimonio, del cual enseguida le hablaré, el gran escultor Canova, quien la vio por la calle, consiguió convencerla para que posara para él. Que le garantizara su absoluta discreción fue más convincente que la muy considera-

ble suma de dinero que pagó para que fuera su modelo. La retrató desnuda, como una joven bacante adormecida sobre una piel de león, pero nadie en Roma pudo ver la estatua, que pronto fue a parar al castillo de un lord inglés: enloqueció tanto al contemplarla que murió de amor abrazado el frío mármol. O al menos así es como lo cuentan. Palmira era todavía una niña cuando conoció a aquel que se convertiría en su marido, quien, por otra parte, es el verdadero protagonista, bueno, uno de los dos protagonistas de esta historia. Y es que Romolo, este era el nombre del marido de Palmira, era hermano gemelo de Remo, si bien quien los alimentara no fuese una loba sino una hermosa hembra del Trastevere. Ambos eran hijos de un cicerone, que no sé cómo se llamaba, pero que tenía aquel como su oficio. Me siento muy honrado de advertirle que en esa familia dicha profesión se remonta ya al menos tres generaciones, y quizá sus abuelos ejercían de cicerones en aquella época en que había aún una Roma que enseñar y unos extranjeros que la visitasen. Romolo y Remo eran totalmente indistinguibles el uno del otro, al menos hasta que un buen día, precisamente en el Campo Vaccino, donde la peluda loba matrona de Roma escuchó llorar a los dos célebres y legendarios hermanos, nuestros dos gemelos modernos se encontraban jugando con otros pilluelos. Jugaban a uno de esos juegos que parecen muy comunes en esta ciudad, que consiste en dividirse en dos bandos y arrancar piedras del suelo para luego arrojarlas los unos a los otros hasta que ocurra una desgracia. Y así acabó sucediendo también en aquella ocasión, pues Remo, para con ello proteger a su hermano, recibió una buena pedrada en el ojo izquierdo. Un gesto noble que pegaba muy bien a aquel escenario donde habían tenido lugar tantos y tantos acontecimientos que los pintores pintan aún y que los niños todavía hoy estudian en los colegios. Lo cierto es que desde aquel suceso Remo ya no pudo ver por ese ojo, y su iris antes oscuro se convirtió en azul. Por tal razón, desde entonces a Romolo y Remo sí se les pudo distinguir, con lo que los hermanos ya no pudieron hacer bromas y fastidiar a la gente tal y como solían, poniéndose de acuerdo en culparse el uno al otro para que al final, en la confusión, a ninguno de los dos les acusaran de ninguna gamberrada. Por el contrario, desde entonces a Remo le cambiaron hasta el nombre, pues su padre, que no sabía dónde había escuchado cierta obra de

Plutarco, al ver a su hijo con un ojo azul y otro negro, comenzó a llamarlo Alessandro, pensando en el gran conquistador, quien precisamente tenía esa misma característica. Me gustaría contarle que el otro gemelo, digno heredero de los antiguos romanos, se vació un ojo para superar en dignidad a su hermano; pero no, además de socorrerlo y llevárselo del atroz campo de batalla, de llorar y desesperarse, no hizo otra cosa que aceptar su buena suerte y también los buenos azotes que le propinó su madre.

Fue más o menos por entonces cuando ustedes, los franceses, a quienes, por lo que se ve, su país se les antojaba demasiada poca cosa, comenzaron a ir por el mundo cambiando todo lo que pensaban que había que cambiar, sí, pero que eran cosas que no molestaban a nadie: el modo de saludar, el calendario, las figuras de la baraja, los sellos de las impresos oficiales y alguna que otra tontería por el estilo; porque la verdad es que las guerras, los robos y la ambición de los hombres siguieron, si no me equivoco, siendo iguales. Es más, por lo que me cuentan, fue precisamente entonces cuando esos repugnantes hábitos se extendieron aún más por el mundo. En su hermoso país también se vertió mucha sangre rusa para intentar quitarle a los franceses ese capricho suyo de querer cambiarlo todo para así endulzar el recuerdo de las calamidades del pasado; pero precisamente cuando el glorioso y noble Alexander Vasilievich Suvorov, cuyo nombre a buen seguro usted recuerda, barrió hasta el último general francés de tierra italiana, llegó otro, quien, además de ser más bajito que los demás, al fin y al cabo tampoco era demasiado francés. Hablo de ese a quien los rusos no pudieron echar de Europa hasta muchos años después. Usted sabe de quién hablo. Mire, yo no sé cómo se comportaron los franceses aquí en este país; pero sí sé bien que ustedes no se comportaron como los rusos. Creo que sin duda habría sido un pecado que prendieran fuego a esta hermosa ciudad, como hicieron con nuestra antigua y santa Moscú, aunque en tal caso hoy visitaríamos las ruinas de Roma con mayor respeto. Nosotros, por supuesto, nunca habríamos permitido que deportaran a nuestro rey como sí hicieron los romanos con su papa, y nuestro zar Alejandro fue todo un santo y además un guerrero, como san Jorge, y hay cosas que los santos sin armas no pueden hacer. Pero, mi querido señor, yo hablo de mi patria, y usted me mira mal, porque cree que he perdido el hilo

de mi historia. Solo quería recordarle lo que sucedió aquí hace casi treinta años, cosas que seguro usted conoce mejor que yo, para que así imagine lo poco rentable y difícil que llegó a ser la profesión de cicerone en Roma. Salvo durante un año en que Napoleón fingió hacer las paces con el mundo entero, los extranjeros no venían excepto con sables y brillantes cascos culminados por penachos, con el ansia de crear nuevas ruinas en vez de contemplar las antiguas.

Y es así como Romolo y Remo, mejor dicho Alessandro —no sabe cuánto me disgusta llamarlo con este nombre, pues para nosotros está cubierto de gloria— llegaron a la madurez conociendo bien de cerca el hambre, por mucho que hubieran gozado antaño de una desahogada infancia gracias a los exquisitos manjares sobrantes de la mesa de los milores ingleses, o comprados con las comisiones que los comerciantes le daban a su padre por empujar a las miladis a comprar camafeos y antiguallas a sus negocios. Cómo serían las cosas que el padre murió de pena la mañana aquella en que supo que cierto sargento francés se había llevado por la fuerza al papa durante la noche. No es menos cierto que el cicerone ya estaba bastante viejo y bebía demasiado, pero bueno, también la bebida es una manera de morir de desesperación. Sin embargo, como las desgracias nunca vienen solas, fue por entonces cuando se dio la orden de movilización general, orden que los franceses hacían por sorteo, como si ir a morir fuera un juego de azar, y le tocó en suerte a Alessandro. Alessandro habría preferido sin duda desertar y hacerse bandolero como tantos otros amigos suyos, que se habían dado a la fuga con tal de no vestir el odiado uniforme napoleónico, pero Romolo le razonó con mucha sensatez que había que pensar también en cuidar de su madre viuda y de las numerosas hermanas aún sin casar. Por otra parte, le hizo ver hasta qué punto se había equivocado disimulando su defecto por orgullo cuando le llegó el turno de la revisión pensando que, con toda seguridad, Napoleón preferiría siempre soldados con ambos ojos sanos, aunque todo el mundo sabe que siempre hay que cerrar uno para disparar. Así las cosas, Romolo decidió sustituir a su hermano, y fue a convencer a los médicos militares y a los oficiales encargados del reclutamiento, cosa que hizo con tanta habilidad y persuasión que ni el auténtico Cicerón habría conseguido más de lo que él consiguió: no solo le dieron la paga extra por alistarse, sino que además le pro-

metieron un inminente ascenso a cabo. Cuando hizo de mediador en una compraventa de caballos para el ejército, a los que consiguió además trasladar indemnes desde los pantanales cercanos a Roma hasta la ciudad, Romolo se ganó hasta tal punto la gratitud de un alto oficial del cuerpo de Dragones que aquel hizo que lo incluyeran sin discusión entre sus asistentes tras el necesario paso por el periodo de instrucción. De este modo pudo asegurar a su familia algo de estabilidad pecuniaria y partió de Roma a caballo con un casco brillante adornado con una soberbia cola de caballo y sendas charreteras densas y doradas como pequeñas gavillas de trigo. Quizá, el sacrificio que nuestro Romolo hizo en favor de su hermano no debió de resultarle, después de todo, demasiado oneroso. ¿Que cuál era su apellido?, ¿y por qué quiere usted saberlo? Tampoco es que la historia cambie mucho con saberlo. ¿Es que cree que me la estoy inventado? No, señor mío, esta historia no es de mi cosecha, sino que se la cuento tal y como me la contó la señora Palmira Cecconi, que vive frente a Sant'Isidoro. Eso es, he dicho Cecconi. Si usted la conoce, mejor todavía, haga que ella misma se la cuente y si me he inventado una sola coma, le autorizo a que me llame mentiroso. ¿Le suena de algo el nombre? No, no sé a qué regimiento pertenecía, de esas cosas no entiendo. Sí, claro, por supuesto que continuó con la historia, siempre con su permiso.

Pero me temo que ahora debo hablarle de amor, ya que por culpa de Napoleón ya no pudimos volver a ver a la hermosa Palmira, que aun siendo casi una niña ya había hecho enamorar a todo su barrio y también a los de alrededor. Debo decirle igualmente que Romolo, y lógicamente también su hermano, este al margen de su defecto, eran jóvenes de una belleza muy poco usual. Si hacemos caso de lo que cuenta Palmira, y dejando al margen el vestuario, eran lo más parecido a dos estatuas antiguas bajadas de su pedestal. Ya puede usted imaginar hasta qué punto los dos gemelos estaban locamente enamorados de Palmira, y además que ambos solían cortejarla juntos del modo en que aquí y en otros sitios se tiene por costumbre, cantando bajo su ventana o bailando con ella por turnos durante las excusiones al campo en otoño y regalándole pequeños obsequios que le compraban y ofrecían rigurosamente a medias, para que no despertaran entre ellos los siempre desagrada-

bles celos. Por mucho que Alessandro y Romolo fueran gemelos, la bella Palmira debía elegir solo a uno, y cuando las casualidades de la vida hicieron que uno de ellos vistiera un elegante uniforme de caballería, es fácil imaginar a quién escogió. Veo que asiente, entonces quizá no vaya muy desencaminado si creo que usted también fue militar... El caso es que debía haberlo adivinado antes, al verlo poner caras cada vez que he hablado mal de Napoleón. De lo que sí estoy seguro es de que no guarda usted nostalgia de esos tiempos, pues dada su juventud deduzco que ha tenido el buen juicio de no sacrificarla en la batalla. ¿A que tiene la misma edad que tendría hoy nuestro Romolo, o me engaño? En cualquier caso tenía usted razón, porque a Palmira aquel uniforme de los Dragones le deslumbró tanto que aceptó casarse con él a su regreso, jurando que jamás de los jamases se desdeciría de la promesa dada. Le parecerá extraño que también su hermano estuviera presente en el momento en que tuvo lugar el compromiso, pero así fue como sucedió. Por su parte él prometió custodiar a la prometida de Romolo, ayudándola sin escatimar con la parte de la paga que su hermano le fuera enviando. Y es que Palmira era hija de un simple carretero y, aunque trabajaba mucho junto a su madre cosiendo sábanas, la economía de su familia no era precisamente boyante. Pocos días después Romolo organizó una gran fiesta para dar mayor solemnidad al compromiso, invitando incluso a no pocos militares y funcionarios del gobierno francés, de quienes parecía haberse convertido en buen amigo. Los vecinos, al ver entrar a los invitados en casa de los gemelos, los miraron en principio con malos ojos, claro; pero luego, vencidos por la curiosidad, se unieron también ellos a la fiesta y a los innumerables brindis por la felicidad de los novios, que duraron hasta bien entrada la noche. Incluso cuando los franceses comenzaron a brindar por las futuras victorias que esperaban a su emperador, nadie se molestó. Romolo y sus nuevos conmitones acompañaron a casa a Palmira a la luz de una alegre comitiva nocturna, y las *gens d'armes* que patrullaban la noche romana, al ver los uniformes rojo chillón de aquellos jóvenes, hacían como si no vieran nada, a pesar del jaleo con que los cánticos y las risas llenaban la quietud de las calles de Roma. Con las primeras luces del alba el escuadrón de reclutas del que Romolo ya formaba parte acabó por abandonar la ciudad aún dormida.

No recuerdo bien dónde me dijo Palmira que Romolo tuvo que ir para cumplir su periodo de instrucción, pero sin duda que allí llegó a estar muy bien, pues además de la paga a la que había renunciado a favor de su familia pronto comenzaron a llegar con regularidad letras de cambio a un banco de Roma con cantidades nada insignificantes. Además, a veces confiaba a algún compañero de cuartel de permiso o a cualquier comerciante en dirección a Roma algún que otro regalo de lencería fina o pequeñas joyas para Palmira y para su madre y hermanas. Nunca venía de permiso, pues, según decían sus cartas, estaba seguro de que la paz volvería pronto y él quería emplear su poco tiempo libre en labrarse un futuro —que creía inminente— feliz y desahogado. De hecho, había conseguido ascender de rango y hacer que lo trasladaran a Milán, donde, por lo que parece, había conseguido ganarse el favor del virrey de Italia, quien disfrutaba en aquella ciudad de una espléndida corte. Traficaba con caballos, revendía entradas para la ópera e incluso se dedicó a comprar pintura antigua, un asunto del que no entendía mucho, para un general que la coleccionaba con auténtica pasión. No había cosa que no consiguiera para sus superiores, por mucho que tuviera que batirse en duelo en un par de ocasiones para salvar su honor de las acusaciones de servilismo; tal circunstancia le hizo ganarse el respeto de todo el regimiento. Por lo demás, era un tipo generoso con todos, y usó sus influencias para evitar el calabozo a muchos de sus camaradas que carecían de un buen padrino. Muy pronto, y siempre gracias al dinero de su hermano militar, Alessandro consiguió reunir las dotes para las tres hermanas y compró la casa donde Palmira vivía alquilada junto a sus padres; pero lo cierto es que todo esto no parecía hacerle feliz. De hecho, desde que Romolo se hubo marchado su hermano se había vuelto cada vez más melancólico e iracundo, siempre susceptible como nadie a la hora de defender su nombre frente a la deshonra de verse vinculado a un alma vendida a los franceses y comer a costa de Napoleón. Fue por esta razón que también a él le llegó el turno de reivindicar su honor, pero en este caso a la romana, en un callejón cualquiera y mediando dos o tres golpes de cuchillo de escasas consecuencias. Por la misma razón se convirtió en uno de los más prolíficos y mordaces propagadores de sátiras contra el gobierno francés y contra el propio Napoleón, una cos-

tumbre ya arraigada entre los romanos que las tropas ocupantes, según me han dicho, nunca consiguieron erradicar y que enfurecía mucho al emperador, a quien tocaba leer todos y cada uno de esos epigramas que fielmente le hacían llegar sus funcionarios. Parece ser, igualmente, que Alessandro nunca dejó de mantenerse en contacto con sus amigos fugados, que hacían vida de delincuentes por los alrededores de Roma. Alessandro iba y venía por los campos con una pequeña tartana de día y de noche sin ninguna clase de miedo llevando información bajo el pretexto de comerciar con vino y aceite, aunque en realidad lo que hacía era contrabando de productos de ultramar, negocio del que, por otra parte, raramente obtenía beneficios.

Sin embargo, esta parte del mundo gobernada por Napoleón vivía tranquila y sin imaginar que su lejano dominador se encontraba justo en estos momentos preparando su aventura más ambiciosa y desdichada. Palmira me dio a leer una preciosa carta de Romolo escrita desde Milán en vísperas de la partida hacia Rusia, en la que hablaba de un carnaval organizado con todo lujo y de un carro de soldados enmascarados vestidos con calzas representando a los argonautas a la conquista del Vello de Oro, que se suponía debía de simbolizar las futuras victorias de aquel nuevo Jasón, a la sazón personificado por un cabo de artillería. Pues bien, resulta que el carro volcó al torcer una esquina y que muchos argonautas resultaron gravemente heridos y dos de ellos murieron aplastados de un modo horrible. Le juro que no me lo estoy inventando: solo la realidad es capaz de formular la alegoría de un presagio tan inquietante. En su carta, Romolo, quien cabalgaba por su cuenta junto al desafortunado carro, les hacía saber hasta qué punto aquel accidente le había dejado muy afectado y cuánto le había hecho pensar sobre su propio destino. Además, escribía a su hermano una especie de testamento en el que le rogaba que, en caso de no volver a casa, fuera él quien se casara con Palmira, siempre y cuando ella así lo deseara.

Después ya no hubo más cartas. Las gacetas oficiales de la *Grande Armée* no dejaban de hablar de triunfos y victorias; pero, por extraño que parezca, a Roma las noticias verdaderas sobre la campaña de Rusia llegaban antes que la propaganda oficial rusa, y Alessandro fue uno de tantos que con particular tenacidad iba a

escondidas clavándolas por todos lados a mitad de la noche, siempre bien sazonadas con versos de aguda sátira, incluso en la puerta misma del gobernador militar de Roma. Pero imagínesse usted la desazón de Palmira, que con cada una de estas noticias sobre el frente creía morir, sobre todo cuando fue el propio emperador quien por fin admitió el desastre de su empresa y se dio a conocer el número de hombres que había costado. Eran tantos que pronto fue más rápido contar los supervivientes. El pobre Romolo parecía también hallarse entre quienes habían desaparecido engullidos por las nieves de Rusia, nieves que, para colmo de la desgracia general, también habían llegado a Roma. Sí, el invierno de 1813 fue muy frío también aquí en su país, y en algunos lugares llegó a caer incluso una nieve roja como la sangre. ¡Pero bueno, suélteme la mano!, ¡claro que Romolo no había muerto, pero si me hace que se lo cuente todo ahora me arruina usted la historia! Primero debo hablarle de la enfermedad de Palmira, que por poco no le cuesta la muerte, hasta que una noche soñó con una hermosa señora que estaba sentada bordando en un esplendoroso salón, todo decorado de blanco y oro, con un brasero enorme: la escena parecía el altar de una iglesia. En el sueño la señora levantó los ojos de su bastidor y dirigiéndole dulcemente la mirada a Palmira le dijo que Romolo estaba vivo, que estaba bien, y que sin falta volvería, si es que ella perseveraba en la espera. La mañana siguiente Palmira ya estaba mejor y desde aquel día mostró siempre un optimismo que a todos pareció más bien un signo casi fiel de locura. Por el contrario, Alessandro intentó convencerla, con una dulzura de la cual él mismo ignoraba ser capaz, de que viera en él la única esperanza viva y real de ayuda y de que Romolo, desde el cielo, bendeciría su unión. Tras hablarle en dichos términos le leyó –Palmira no sabía leer– la carta testamento de su hermano. Aunque aún estaba convaleciente, se abalanzó sobre él hecha una furia respondiéndole que se encerraría en un convento, si es que los conventos de clausura todavía existían, antes que casarse con él; le gritó que lo del testamento era una mentira y por supuesto su Romolo estaba vivo, así que tuviera cuidado con la ira de su hermano, quien sin ninguna duda acabaría por volver. Al final acabó por llamarlo tuerco feo y malo y lo echó a empujones de su casa. Desde aquel día ya no hubo ninguna posibilidad de arreglo entre los dos, y Alessandro perdió su papel

fraternal de tutor, ya fuera porque ya no tenía la excusa de llevarle el dinero que Romolo enviaba ni de leerle sus cartas, o ya fuera porque el amante albergaba la idea de conquistar a la muchacha a medio plazo con la ayuda del hambre.

Nosotros, los rusos, llevamos tan fuertemente grabada en el corazón la fecha de 1812 que no nos afecta lo que sucedió después; no tenemos en cuenta que fuera de nuestra patria se siguió combatiendo aún un año más royendo poco a poco todo el gigantesco cuerpo de eso que llamaban el imperio de Napoleón hasta llegar al corazón de la misma Francia. Sin embargo, para pueblos como el italiano, que se veía obligado a tener que vivir al margen de los caprichosos límites de la victoria, y de las certezas, debió ser aquel un extraño periodo de espera y de esperanzas, del miedo de que aquello no fuera a acabar nunca, y en el fondo también de tedio. Además, Roma quedaba lejos del drama de la guerra; si se excluyen las ocasionales y narcisistas exhibiciones que el estafalario rey francés de Nápoles hacía de su persona en sus visitas a la ciudad, Palmira poco o nada consigue hoy recordar de aquellos meses, ni siquiera de cuando llegó como un milagro la noticia de que el emperador había liberado al papa y que el santo padre ya se acercaba lenta pero definitivamente a Roma. Como tantos otros, también ella comenzó a pensar que las cosas imposibles habían dejado de serlo y que todo se arreglaría finalmente para bien. De hecho, las conciencias se sentían liberadas con el paso de la carroza de Pío VII, como nieve bajo el sol. Es cierto que detrás de los floridos arcos triunfales la gente se tomaba la justicia por su mano, pero allí todos procuraban sacar partido ya fuera de su resignada y paciente fidelidad a la causa como de su sincero y lacrimógeno arrepentimiento por haberla traicionado. El propio Alessandro probó a hacer valer sus propios méritos, pero al margen de los parabienes de algún que otro monseñor, lo cierto es que se vio superado por la desvergüenza de muchos anteriormente comprometidos con los franceses y que ahora se afanaban en colocarse en primera fila para lapidar a sus otrora amigos: había que verlos pasar por delante de los demás en las antecámaras de los cardenales apenas restituidos, quienes aún tenían sus sotanas rojas blanquecinas por el polvo del viaje de vuelta. Tras una espera tan larga que acabó pareciéndose más a un castigo, el papa entró finalmente en su ciudad, una Roma que aquel día

tenía el aspecto de haber multiplicado por diez su población habitual. Quien no iba gritando por las calles se asomaba por las ventanas y balcones. La carroza del papa semejaba flotar sobre un mar de cabezas que se inclinaban y se alzaban, sobre un gentío que parecía ondear cuando a su paso todos se hincaban de rodillas en el suelo para recibir la bendición y de inmediato se volvían a poner de pie para aclamarlo. En la Piazza Venezia, donde se había erigido un enorme arco de triunfo completamente blanco hecho de tela y yeso, también Alessandro y Palmira, cada uno por su lado, se encontraban entre aquella multitud cuando la carroza se detuvo con el fin de permitir al cochero tomarse su tiempo y así pasar bajo el frágil monumento sin estropearlo. Escoltaba al papa un escuadrón de Húsares con los sables desenvainados apartando con pereza a los más exaltados, que se abalanzaban sobre la ventanilla del carruaje para arrojar dentro sus peticiones o incluso rogar una bendición personal. Y había también otro jinete, este de uniforme diferente, no paraba de dar vueltas sobre una nerviosa potrilla baya, agarrando al vuelo las cartas con las súplicas y entregándolas elegantemente a los monseñores que acompañaban al papa, quien no dejaba de animarlo sonriendo. A Alessandro ya se le habían puesto los pelos de punta al ver tan emocionante espectáculo antes incluso de darse cuenta de que aquel de allí era su hermano; por su parte, Palmira había conseguido pasar por debajo de las panzas de los caballos húngaros y agarrarse por el ronzal a la cabalgadura de Romolo. Como si fuera lo más normal del mundo, él se inclinó para agarrarla por la cintura y acomodarla de lado sobre su montura, y espoleando su caballo consiguió acercarse a la carroza del pontífice. Entonces hizo que la potrilla doblara sus patas delanteras mientras gritaba: “¡Vuestra bendición, santo padre!, ¡vuestra bendición para mi prometida!”.

Ni siquiera la propia Palmira supo jamás con exactitud cómo Romolo consiguió sobrevivir a la retirada de Rusia. Parece que en cierta ocasión lo hicieron prisionero, pero que después fue liberado gracias a un poderoso señor de Milán que se había convertido en mayordomo mayor o gran chambelán del zar Alejandro. A lo que se ve Romolo llamó su atención por medio de ciertos signos por los que se reconocen los miembros de una hermandad casi secreta, con

un extravagante nombre griego, de la cual, evidentemente, ambos formaban parte. Le veo inquieto, ¿me va a decir ahora que también usted es carbonario?, ¿no?, ¿de verdad? De acuerdo, ¿entonces puedo continuar tranquilamente? Pues bien, tras ser liberado le dieron un uniforme nuevo y le encargaron mil y una tareas trajinando de aquí para allá. Parece que viajó mucho al norte, a Suecia o Dinamarca, con no sé exactamente qué misión, aunque a Palmira nunca le contaría demasiado de todo eso. Sí que al final desembarcó en Génova formando parte del séquito de los ingleses al mando de lord Bentinck, y desde allí se apresuró hasta conseguir encontrarse con el papa, ya camino de Roma, provisto de una elogiosa carta de recomendación dirigida a su famoso ministro, el cardenal Consalvi. Me da gusto ver cómo se alegra usted al oír la fulgurante carrera del muchacho, pero espere un poco antes de romper a reír: aún no he acabado la historia. Aquella misma tarde, tras haber obligado apresuradamente al párroco a que hiciera públicas las amonestaciones matrimoniales, Romolo quiso festejar su retorno anticipando el banquete nupcial con un gran número de invitados. Aquello parecía Babel. Además de los familiares y sus pocos amigos romanos, allí había sobre todo ingleses, rusos, austriacos, españoles, prusianos, suecos, napolitanos de Murat y también unos franceses un tanto peculiares, que lucían una escarapela blanca en sus sombreros y que nadie sabía bien de dónde habían salido. Sobra decir que se brindó en primer lugar por los novios y después, como no podía ser menos, por la caída de Napoleón. En este último brindis Romolo no quiso alzar su vaso, pero de inmediato se puso en pie para proponer otro, un canto a la paz mundial, que todos aceptaron con entusiasmo.

En los días que precedieron a la boda Palmira vivía en un paraíso, por mucho que, de mala gana, se viera obligada a aprender a pasos acelerados a convertirse en una señora, siendo como era una chica de barrio; a tal fin se hacía acompañar por Romolo a casa de todas las modistas de Roma, a quienes aún les duraba el miedo y no podían creer que sus negocios no hubieran sido incendiados y saqueados, y menos aún que la moda francesa siguiera aún viva tras la derrota de Napoleón. Y es que Romolo veía ya a su esposa regentando una casa de huéspedes, mientras él se ocuparía de acompañar por la ciudad a los viajeros distinguidos, si bien ahora tenía

más mundo, más saber y más contactos de los que era posible disponer en tiempos de su padre, “porque”, decía, “ya se ha acabado la música, y ahora cada uno debe volver a su sitio, que ya es mucho, e incluso debe procurar encontrar bajo su culo un asiento más cómodo que el de antes”. Y tenía toda la razón, pues después de algunos incidentes de poca monta Roma pronto volvió a ser un lugar extraordinario, tanto para los viajeros que venían a pasar en ella una temporada como para quien quisiera vivir del oficio de cicerone. Sin duda, Romolo era muy diferente al resto de sus colegas de profesión, y sus clientes lo trataban más como un amigo que otra cosa, pues, por lo demás, no permitía siquiera que le pagaran. “Nada más que los gastos”, les decía, y era cierto, pues el dinero le venía de los nobles romanos que gracias a su mediación alquilaban a los forasteros sus palacios y también de los comerciantes, de los empresarios teatrales, a los que alquilaba anticipadamente hileras enteras de palcos, e incluso de los sastres, que cortaban los trajes para los grandes bailes y los *tableaux vivants* que tenían lugar en el palacio del banquero y príncipe T***, el hombre más rico de Roma, y en las embajadas durante el carnaval. Los vendedores de mosaicos y piedras con inscripciones antiguas, los joyeros, los libreros y anticuarios..., en definitiva, todos los comerciantes de Roma lo respetaban como a una autoridad y el gremio de los artistas lo bendecía. Romolo tenía incluso acceso libre al estudio del gran escultor Canova y al pintor más excelso de Roma, Il Camuccini. Muy pronto se hizo incluso socio del tan astuto príncipe T***, padre del actual, quien no le va a la zaga a aquel en astucia y riqueza, para levantar un hotel que sería el más lujoso y refinado de Roma. Romolo ya tenía antes de empezar el nombre en mente: Albergo delle Russe.

Quizá usted quiera saber por qué lo quiso llamar así..., pues bien, en tal caso debo dar un paso atrás hasta la primera noche de la boda de Romolo y Palmira, cuando ambos pudieron finalmente quedarse a solas sin familiares y gozar de su amor y contarse cuánta alegría y cuánto sufrimiento les había costado eso de esperar y ser esperado. Como he dicho antes, Romolo no se extendió mucho a la hora de narrar sus peripecias, pero una historia en concreto sí quiso contársela en detalle. Tras sacar de debajo de la cama una alforja de caballo ya destrozada y de esta un gran objeto envuelto en

un riquísimo terciopelo con ribetes dorados, le dijo: “Para que veas, Palmira, esto que ves es solo un trozo de una cortina que adornaba la ventana de un palacio de Moscú que tenía al menos cien. Si supieras cuánta riqueza he visto arder, toda una ciudad reducida a cenizas, y los soldados haciéndose la comida sentados en sillones dorados como si fueran cardenales, al fuego de pilas de muebles valiosísimos que luego le daban a la carne un sabor, créeme amada mía, a resina quemada... ¡Cuánto habrán robado, cielo mío, sin parar, todo para calentar sus manos al fuego...! Pero estas son cosas que no se pueden contar a quien no las ha visto. ¡Y ahora santíguate, Palmira, que te voy a enseñar quién me salvó la vida en aquel infierno!”.

Mientras lo decía retiró el terciopelo dejando al descubierto la plata deslumbrante que adornaba una imagen sagrada, la Madre de Dios que con una mano bendecía y con su otro brazo sostenía a Nuestro Salvador. “¡No, amor mío, no tengas miedo, que no la he robado!”, dijo a su mujer, que ya estaba asustada pensando en un sacrilegio, y, tras darle un beso, le siguió contando. No lejos del campo de batalla del río Borodino, que el Gran Ejército se vio obligado a volver a atravesar poco después de un mes en retirada, entre hileras de carroña congelada de caballos y hombres, el escuadrón de Dragones comandado por Romolo, que servía de escolta a unos carros con heridos leves, se encontró de improviso frente a una aldea que milagrosamente permanecía intacta. Posiblemente fuera aquel el primer lugar con que se encontraban que los nuestros no hubieran ya destruido desde que diera comienzo la retirada. Allí había una gran iglesia, según dice Palmira, toda ella de madera, como si fuera una cabaña, pero gigantesca, con un campanario un tanto peculiar, según ella, que parecía un nabo negro con la punta hacia arriba. Huelga decir que una chica cualquiera de Roma no puede entender mucho de nuestra arquitectura antigua, pues era sin duda bien antigua aquella iglesia, rodeada de unas pocas casuchas; era antigua y muy venerada. No había nadie en las casas, y también la iglesia parecía oscura y vacía cuando se dispusieron a abrir sus puertas, pero al entrar con las antorchas encendidas vieron unos grandes fardos negros apilados ante el iconostasio. Al mirarlo mejor, se dieron cuenta de que esos fardos eran personas: mujeres, niños y viejos, que los miraban pestañeando aferrados a

sus animales, a sus sacos de harina y de cereales. En pie se encontraba un pope, un sacerdote, y en el centro del iconostasio tallado, muy rico en figuras pintadas, las mismas que en las iglesias papistas se encuentran en el altar, había una enorme imagen de Nuestra Señora de la que destellaban reflejos como si quisiera responder con su fuego al fuego de las antorchas de los soldados franceses. Los compañeros de Romolo salieron rápidamente afuera para advertir a los demás que dentro había animales y cosas de comer e incluso mujeres, pero la masa hambrienta y ansiosa que acudió al reclamo se encontró bajo el dintel a Romolo blandiendo con una mano su sable y con la otra apuntándoles con un pistolón, decidido a matar sin discusión a cualquiera que tuviera la intención de violar el recinto. Les dijo que aquello era una iglesia y que no estaba dispuesto a que sus Dragones se convirtieran en bestias, y que si había algo de comer, él ya se las arreglaría para comprarlo con lo que le quedaba de lo suyo. Los Dragones eran todos italianos y, aunque refunfuñando y haciendo alguna que otra broma, se mostraron de acuerdo en acatar sus órdenes; pero resulta que los heridos, entre los cuales los más espabilados se percataron también de la posibilidad de un saqueo, eran franceses y no querían oír hablar ni de iglesias ni de Vírgenes. Y fue así como Romolo no tuvo más remedio que hacer volar por los aires la oreja de uno de los más ofuscados con un preciso tiro de pistola. En cualquier caso, la cosa no habría acabado bien si no fuera porque un anciano ruso, sin un brazo pero no obstante de apariencia imponente, no se hubiera plantado en la puerta: “*¡Francés!, ¡Attandé!*”, se limitó a decir alzando autoritario su único brazo, y poco después las mujeres comenzaron a aparecer en la puerta dejando quien una gallina, quien un saco de harina, quien un cordero, y así todas, para después retirarse al interior de la iglesia, en la que mientras tanto el pope encendía todas las velas exhortando a las que regresaban a que se pusieran a rezar. Así es como se salvó la iglesia y los heridos pudieron comer y dormir al menos una noche a cubierto; los Dragones, por su parte, se turnaron para hacer guardia, ya fuera para cuidar de los heridos como para estar prevenidos ante una eventual visita sorpresa de los cosacos. El viejo mutilado se mostraba reacio a las confianzas, pero aun así Romolo consiguió entablar conversación, y es que aquel había sido soldado en Italia con Suvorov trece años

atrás, y se acordaba del país y del vino. Le preguntó a Romolo cómo era posible que los italianos hicieran la guerra del lado de los franceses contra los rusos, ya que en Italia había visto cómo los franceses quemaban pueblos enteros. Pero justo en aquel momento el pope interrumpió la conversación, evitando así a nuestro amigo una situación embarazosa y una explicación difícil. Ayudándose del viejo como intérprete le hizo saber a Romolo que tenía algo que decirle. Fue entonces cuando le explicó que Nuestra Señora de M*** —este era el nombre del lugar— se había encargado hasta ahora de proteger a las gentes que vivían al amparo de su iglesia, pues era omnipotente, y tal era su omnipotencia que había recurrido a un papista hereje, como era Romolo, quien, a pesar de tal condición, era hombre bueno y justo. Le explicó también que sin duda los papistas de Italia eran mejores que los papistas polacos, que eran peores que las bestias, y que a lo mejor por culpa de los polacos, que están en medio, los cristianos de un lado y otro no habían llegado aún a entenderse. Yo le repito solo lo que me contó Palmira, que tiene una memoria admirable. Y no piense usted que aquel pope era un simple, de eso nada: también era un magnífico pintor y de hecho, como él mismo explicó, había empleado los tres últimos años de su vida en pintar por encargo de un señor del lugar particularmente devoto una copia a tamaño reducido, y por tanto imperfecta, así él mismo lo reconoció, de la imagen de Nuestra Señora de M*** que había en la iglesia, la cual, esta sí, era perfecta y toda una bendición del cielo, obra de un antiguo maestro griego. Debe usted saber que se trata de una imagen muy conocida y que pueden encontrarse muchas por las casas, pero si me permite que le dé mi opinión, que por otra parte tampoco es muy experta, la que se llevó Romolo es sin duda obra de una mano tan experta como sensible. Así es, tuvo que aceptarla de manos del pope como signo de gratitud por haber salvado la aldea, pero sobre todo la iglesia y la propia imagen de Nuestra Señora de M***, por más que, tal y como aquel aseguraba, nadie jamás había podido realmente tocarla, pues los tártaros que osaron hacerlo hacía cuatrocientos años quedaron, según parece, reducidos a cenizas al instante. Pero ahora permita que beba un poco de té, pues si no, no podré continuar. Beba también usted un poco, le sentará bien.»

«Permítame que aproveche la pausa en esta deliciosa historia para presentarme. Es un honor para mí estrechar su mano. Yo soy uno de esos animales que andan sueltos por las calles de su país, los que sus compatriotas, los campesinos rusos, llaman “francés”. He tenido el dudoso privilegio de comprobar en persona dicha costumbre; aunque, la verdad sea dicha, en aquellos tiempos no hubiera tantos franceses sueltos, quiero decir franceses de los de verdad, o sea, cerdos; de otro modo, no habríamos pasado allí tanta hambre. Sí, usted cuenta cosas que me trasladan a mi juventud, aunque de Rusia todavía me acuerdo como una pesadilla, y sobre todo del calor que hacía a la ida más que del frío de la vuelta. Pero también nuestro amigo piamontés podría contarnos cosas bellas, pues tengo la impresión de también él estaba con nosotros, ¿no es así?»

Y ahora me toca presentarme a este otro tipo, que después de todo es precisamente francés, aunque parece de buen carácter. «Enchanté, vraiment. Bosco, Bartolomeo Bosco, caballero. Por favor, el honor es mío. No, no volví de Rusia con la Armée, me quedé allí prisionero. En Siberia. Dos años. No, en absoluto, yo sí tengo un buen recuerdo, siempre fui tratado con gran humanidad.» ¿Qué ha dicho que es?, ¿diplomático? Ah, un cónsul... No sé, la verdad es que nadie lo diría, pero también es cierto que con lo de las barricadas de julio salió de allí gente mucho peor; al menos este tiene un aire amable.

«Ahora que nos hemos presentado y ya no estoy obligado a escuchar como quien espía, le rogaría a nuestro estimado amigo ruso que continuara su bellísima historia; bueno, *pardon*, quiero decir la de Palmira, que tantos recuerdos me trae de mi inconsciente juventud. Sepa que precisamente por un pueblo llamado M*** pasé yo, aunque pensándolo bien no puede ser el mismo, ya que yo iba por ahí quemándolo todo y me acuerdo de un cura todo de negro tirado en la nieve con las tripas fuera aún humeantes.»

«Sí, sin duda usted se equivoca, pero es normal que se confunda con los nombres rusos, pues piense que si yo dijera M^{xxx} o M^{yyy} a su oído ambos nombres sonarían casi idénticos, y sin embargo son dos lugares diferentes aunque de la misma provincia, y uno de

ellos bien podría ser del que me habla. Además, tengo el honor de informarle de que la iglesia de M*** continúa hoy perfectamente intacta, y esto es algo que puedo afirmar con total seguridad porque yo mismo la visité cuando partí de mi país para venir a Europa, e incluso conservo un frasco de agua bendita que cogí de su pila. Fue cosa de mi madre, no mía. Mi madre se preocupa mucho por mi salud y me había rogado encarecidamente pasar por aquel lugar santo. Me complace enormemente que ustedes dos hayan conocido mi país, si bien me desagrada que las circunstancias de su visita no fueran precisamente las mejores. Pero yo no tengo ninguna culpa de todo eso, en 1882 tenía solo tres años, y además nací en Ucrania, donde Napoleón, hay que decir la verdad, no puso los pies. Pero aquí estamos, en Roma, y es buena cosa volver a hablar de las cosas de Roma, y sobre todo de una persona a la que, por mi propia torpeza, hasta ahora he mantenido un tanto en la sombra. Está claro que Alessandro, como buen enamorado, se sintió frustrado con el regreso de su hermano; aunque, como hermano, no sabemos qué pudo llegar a sentir. Por supuesto que para Romolo fue una inmensa alegría volverlo a ver y por supuesto que no se le pasó por la cabeza la más mínima sospecha de que pudiera haber existido conflicto alguno entre su hermano y Palmira. Tanto es así que quiso que fuera su padrino de boda, algo que provocó cierta confusión en el celebrante: durante toda la ceremonia no dejó de preguntarse si es que veía doble. Por lo demás, toda la familia vivía en la misma casa, incluidas las hermanas de Romolo y Alessandro, si bien aquellas pronto se convirtieron en prendas codiciadas y no tardaron mucho en encontrar sendos buenos partidos con los que se marcharon a vivir a otro lugar. Alessandro pasó a convertirse en el fiel ejecutor de todos los asuntos en los que su hermano no era capaz de intervenir directamente. Romolo hacía de todo, cierto, pero también había trabajo suficiente para su hermano gemelo. De aspecto seguían siendo iguales, aunque la milicia había conferido a Romolo un aire de mayor distinción. Pero sus miradas sí eran muy distintas. Ahora daba la impresión de que el ojo descolorido de Alessandro pensara realmente, por así decirlo, por sí mismo. Palmira se detenía con frecuencia a observar la pupila glauca de su cuñado, y es que su pupila parecía dotada, a pesar de los pesares, de una peculiar sensibilidad, sobre todo en cada una de esas ocasiones

en que Alessandro se giraba para cruzar su mirada con la de ella con su otro ojo, el negro, lleno de furia.

Sea como fuere, cuando no había nada que no pareciera ir bien, sucedió una catástrofe. Romolo había partido de Roma hacia una ciudad feudo de un hermano de Napoleón a quien el papa había nombrado príncipe y en la que se habían descubierto unas tumbas muy antiguas con unos preciosos vasos etruscos, de esos por los que los ingleses y también algunos de nuestros nobles se derriten.

De hecho, él iba acompañando a una pareja de recién casados venida a Roma desde Inglaterra en viaje de novios, ambos muy interesados por cualquier cosa que estuviera bajo tierra siempre y cuando, eso sí, tuviera una incuestionable antigüedad. Tras ser recibidos con grandes honores por el príncipe –también se daba el caso que Romolo hacía negocios con él– regresaban a Roma presos de una gran excitación después de contemplar ciertos esqueletos recién desenterrados que aquel les mostró. Fue entonces, en el camino de vuelta, cuando una partida de bandidos los detuvo. Romolo bajó del carruaje sin miedo con la idea de negociar con ellos su libertad, así, con la misma naturalidad con la que habría negociado el precio de un caballo; pero aquellos, como si ni siquiera entendieran su lengua, lo dejaron hablar para después, por toda respuesta, golpearlo en la cabeza con la culata de un fusil dejándolo sin sentido tirado en el camino. El inglés quizá se equivocó al sacar una pistola que llevaba consigo, a pesar de la prohibición expresa de la autoridad pontificia: ni siquiera había tenido tiempo para armarla cuando una descarga le acertó en todo el pecho haciéndolo caer del carro. Sin hacer el menor caso de los gritos de la mujer, los delincuentes la registraron con absoluta frialdad quitándole todas la joyas. También cogieron todo lo que de valor encontraron en Romolo y en el marido. A continuación hicieron una cínica reverencia a la señora y desaparecieron como por encanto. Cuando Romolo volvió en sí mantuvo la calma, se dio cuenta de que el inglés aún respiraba y lo ayudó con mucha delicadeza a tenderse sobre el asiento del carruaje; luego ordenó al cochero que diera la vuelta y se apresurara a regresar con el herido hacia el lugar del que venían. Él, por su parte, cogió el caballo de un criado y se adelantó para pedir al príncipe que mandara avisar rápidamente a su médico personal. En compañía de este último, Romolo volvió

por el camino hasta encontrarse con el vehículo y los dos acomodaron al pobre inglés en un caserío próximo para que pudiera recibir las primeras curas. Lo más difícil fue conseguir tranquilizar a la mujer, a quien finalmente decidieron administrar una poción sedante. Resumiendo, el inglés se salvó, pero lo sucedido había sido gravísimo, y el propio Romolo —en ello se jugaba su bien ganada reputación de cicerone— se dirigió al cardenal Consalvi para pedir justicia. Cuando se trataba de los crímenes contra súbditos romanos, las autoridades del Estado Pontificio solo debían rendir cuentas ante sí mismas, pero tratándose de un ciudadano inglés las cosas eran muy distintas por mucho que este no hubiera acabado exactamente muerto. Así es como el incidente se convirtió en todo un conflicto diplomático que el pobre ministro de turno intentó resolver de modo enérgico, como era habitual, aunque con resultados desalentadores. O al menos así lo fue hasta que recibió una carta anónima escrita en términos muy correctos y que fue lo que hizo posible la inmediata puesta en marcha de las medidas pertinentes. Un escuadrón de carabineros pontificios rodeó la casa de Romolo, y una banda de sicarios vestidos de negro comenzaron a registrarla de arriba a abajo. No tardaron mucho, pues en seguida encontraron bajo la cama de Romolo un envoltorio que contenía las joyas, el reloj y otras pertenencias del matrimonio inglés, incluida la endemoniada pistola que no se pudo disparar y que también era de un valor nada despreciable. Romolo fue a parar de inmediato a la cárcel sin mediar muchas preguntas, y la familia quedó llorando desconsoladamente lamentando su desgracia. El desconcierto se apoderó de toda Roma, pues nadie conseguía entender cómo un hombre tan respetado y conocido como Romolo podía ser en realidad el encubridor de una banda de salteadores de caminos. Pero no pasó mucho tiempo hasta que empezaron a oírse comentarios: qué fácil era ahora entender su ascenso social y su bienestar económico, bastaba con ver en él a alguien en contacto con todas las bandas de delinquentes del estado, de las que se había convertido al mismo tiempo en jefe y compinche. También se habló de su pasado napoleónico como un ejemplo más de su falta de escrúpulos, y no pasó mucho tiempo hasta que en Roma ya nadie dudara de su culpabilidad, excepto su socio, el príncipe T***, que iba allí por donde podía declarando que era capaz de poner en juego

su propia cabeza por la inocencia de Romolo y por la verdad que él daba por evidente: que se trataba sin duda de una jugarreta. De hecho, el viejo banquero intentó tocar todas las teclas a su alcance para poder ayudarlo; pero, a pesar de ello, o quizá precisamente por ello, los tiempos del proceso se aceleraron más de lo habitual y muy pronto se hizo pública la condena, condena a muerte, obviamente, si bien mediante el procedimiento del mazo y el descuartizamiento, pues en su calidad de convicto relacionado con el bandidaje al condenado se le privaba del beneficio –esto del “beneficio” es cosa mía– de lo que se conocía como la “máquina”, dicho de otro modo la guillotina, que el gobierno del papa había heredado con gran placer de la ocupación francesa. No sé muy bien si me apetece mucho contarles cómo funciona, pero parece ser que se usa la misma maza con la que se abaten los animales y luego con un cuchillo se comienza a cortar a partir del cuello hasta que el reo acaba hecho pedazos como un cabrito de esos que se asan con patatas. Expusieron tras la ejecución su cabeza sobre la Porta del Popolo, mientras los cuatro pedazos a los que quedó reducido el resto del cuerpo fueron conducidos al lugar del delito, donde se los colgó encima de un poste. Lo que sí les puedo asegurar es que Romolo murió como un romano de los de antaño y no aceptó siquiera que le vendaran los ojos ni le ataran las manos. Antes de morir aceptó con gran naturalidad un poco de rapé que le ofreció su verdugo y estornudó como si tal cosa. “¡Salud!” gritó al unísono toda la Piazza del Popolo, donde se había erigido el patíbulo, y él se echó a reír por toda respuesta. Después se dirigió a la multitud y, sin gritar, declaró por última vez que era inocente. Dejaba mujer y un hijo que estaba a punto de nacer, pero ella a pesar de su estado quiso asistir a la ejecución situándose justo frente al escenario: “Quiero que vea cómo muere su padre”, decía, “así es como lo recordará. Ya lloraré después, cuando haya parido”. Pero no es menos cierto que al final acabó por desmayarse entre los brazos de los allí presentes. Alessandro, sin embargo, lloraba un poco más lejos como llora un ternerito; la verdad es que su nerviosismo era tal que entre un sollozo y otro soltaba una risa: daba mucha pena verlo. También él se desmayó, y sus amigos, en un gesto de compasión, se lo llevaron a la taberna más cercana hasta conseguir emborracharlo. T*** fue muy generoso con su infortunado socio: liquidó su parte del negocio

bajo mano, para evitar la confiscación por parte del gobierno y consiguió salvar buena parte de sus bienes con ciertas ventas falsas que fechó en el año precedente. Pero la reputación de los Cecconi estaba ya arruinada, y ni siquiera Alessandro podía trabajar por mucho que lo intentara. Todos lo evitaban como la personificación de la desgracia, tanto que ya le llamaban “Maldejo” a sus espaldas. Palmira, por su parte, dio a luz a un precioso niño de manera un tanto prematura, precisamente la noche en que ajusticiaron a Romolo, y ahora pasaba los días cuidando del recién nacido y rezando ante la imagen santa que tenía en casa.

No mucho tiempo después de la tragedia, cuando la cabeza de Romolo todavía estaba expuesta en la Porta del Popolo, hacía su entrada en Roma un gran carruaje de seis caballos con un séquito de elegantísimos criados cada uno a lomos de magníficas cabalgaduras, seguidos de cierto personaje montado en un burro, un tipo del que con gusto les hablaré más adelante. Una vez solucionadas las formalidades de la aduana, la carroza se detuvo en un hotel de Piazza di Spagna, y de ella descendieron, por este orden, un anciano señor muy elegante que en su brazo sostenía un recién nacido envuelto en delicadas puntillas, y después una esplendorosa señora muy joven, delante de la cual los criados fueron extendiendo por el suelo alfombras orientales hasta la entrada misma del establecimiento. Eran aristócratas compatriotas míos y viajaban precisamente como solo ellos lo hacen, en compañía de todo el lujo posible. Sus criados, todos jóvenes y bellos, pero mudos y graves como ancianos, vestían uniformes de terciopelo con botones de oro macizo; el carruaje era tan grande como una verdadera casa, los arreos de los caballos eran de plata..., en definitiva, todo era perfecto a no ser por el borrico viejo y sucio que cargaba en su grupa a uno de los personajes de aspecto más ridículo y deforme que uno pueda imaginar. Grosero y jorobado, cubría su cabeza con un auténtica selva de cabellos y su cara con una barba de la cual sobresalía una nariz larga como el pico de una cigüeña. El narizón caía sobre el mentón de forma tal que al verlo aparecer cualquiera hubiera dicho que tenía no una, sino dos bocas. Sus muecas y risotadas, que no paraban nunca, contribuían a hacer de su cara un espectáculo aún más deforme si cabe.

Nada más llegar dirigió al asno sobre las ricas alfombras que los criados todavía no habían podido retirar y, deteniéndose, alzó la cola

de su cabalgadura. Esta, de inmediato, se liberó de una buena cantidad de esa carga especial que, como imaginan, no es que exactamente perfume. Sin decir palabra, los criados lo hicieron bajar del borrico dándole latigazos por todos lados, si bien no consiguieron de su parte como respuesta nada más que grandes carcajadas. Deberían ustedes saber que en Rusia los señores de más alta alcurnia todavía cuentan con bufones a su servicio como solían hacer los reyes de España hace dos siglos. Es curioso cómo para esta costumbre también suelen echar mano, para qué vamos a engañarnos, de nosotros, los escritores, aunque eso sucede en todas partes.

En cuanto entró en el establecimiento, la señora no quiso siquiera ver sus habitaciones, pero sí ordenó rápidamente que se llamara al tal Romolo Cecconi, del que tanto había oído hablar. Comenzando por una reverencia, el dueño le explicó a su excelencia hasta qué punto satisfacer su deseo era imposible, ni más ni menos que por la única razón de que ese tal Romolo había muerto. La hermosa señora dio entonces un golpe rabioso en el suelo con su bello piececito, y tras morderse levemente el labio, mandó que, dadas las circunstancias, avisaran al hermano. Imagínense la cara del dueño nada más escuchar el nombre de Alessandro Maldejojo, pero aquella señora era una gran señora y el negocio era el negocio, así que tras intentar en vano eludir la cuestión, no tuvo otra que obedecer. Por supuesto que no tardaron en llevar hasta el hotel a Alessandro, quien ya andaba borracho desde por la mañana, y lo acompañaron a las habitaciones de la nobilísima dama, tras haberle obligado a masticar unos granos de café para amortiguar esos desagradables matices olorosos del aliento que, teniendo en cuenta su estado, podrían acompañar a cualquiera de sus palabras. Así fue como se encontró ante la presencia de la noble y extraña familia, en la que no se sabía muy claramente si aquel anciano elegante y viejo era el padre o el esposo, ni tampoco de quién era exactamente el niño. La bellísima señora lo esperaba con cierto nerviosismo bordando sobre una pandereta unas flores con hilo de oro. Cuando se presentó Alessandro, ella cortó el hilo con las tijeritas de acero de Tula que llevaba atadas a la cintura con una cadenilla y, dirigiendo contra él el dedo índice armado con un pequeño dedal de oro, le ordenó tajante: “Quiero ver Roma”. Y así dio comienzo una extraña visita, pues durante la misma la señora se mostró en todo

momento muy impertinente y caprichosa, juzgando siempre a Alessandro con exagerada severidad. Mientras visitaban San Pedro, de repente se puso a llorar, como cuando Alessandro le enseñó la Piedad, a llorar como si hubiera visto allí quién sabe qué, y de repente rompió a reír como si en la santa basílica estuvieran reunidas las cosas más ridículas del mundo. Llegó un momento en que comenzó a dar muestras de aburrimiento, se sentó e hizo que le acercaran al niño a sus brazos para amamantarlo delante de todos, cosa que puede esperarse de una campesina “ciociara”, pero que resultaba escandalosa viniendo de una dama como ella. El niño, por su parte, lo observaba todo con seriedad y jamás lloraba. Frente al monumento al papa de Canova, el que tiene esos magníficos leones, la señora se detuvo a acariciar uno de ellos sonriendo y luego manifestó imperiosamente su deseo de conocer al autor: “Quiero conocer a quien lo ha hecho”. A pesar de las protestas de Alessandro, también en esta ocasión hubo que obedecer sin más remedio, por mucho que el pobre Maldejo supiera que el escultor jamás los recibiría. Pero se equivocaba, pues el artista quedó impresionado por la belleza de la señora y le pidió incluso permiso para hacer el esbozo de un retrato. “Hágalo de memoria y seguro que resultará mejor”, le respondió ella; pero el anciano maestro, lejos de ofenderse, le sonrió satisfecho dándole la razón. Él mismo los acompañó a la puerta entre reverencias tras haberle dicho al niño todo tipo de halagos en dialecto véneto. El hotel quedaba un poco lejos. “Ya basta por hoy”, dijo la señora tras haber convencido a Alessandro para que subiera con ella hasta su apartamento, “está usted cansado. Procure hacerse con un caballo. Mañana tengo el propósito de hacer una salida fuera de la ciudad”. Alessandro le preguntó con toda educación dónde, pero no obtuvo respuesta. Los criados, siempre impasibles, lo acompañaron de inmediato abajo. Salía por una puerta de servicio cuando escuchó un estrépito tremendo que parecía venir de las cocheras. Era el bufón, que se había encontrado con una pequeña fragua y estaba intentando remplazar una herradura de su borrico. Entre golpe y golpe del martillo sobre el yunque, Alessandro lo saludó, pero el otro le respondió con unas palabras en ruso. Aquel le respondió a su vez con la única frase que conocía de esa lengua, que no tenía el placer de hablar. Al bufón le entró una risa tonta, y dejando el martillo se tocó con el dedo ín-

dice el ojo izquierdo. “¡Malo diojo, malo diojo!”, dijo y soltó una poderosa carcajada. Después lo amenazó con su instrumento y al mismo tiempo sacudió el índice tieso de su otra mano como se hace cuando se regaña a un niño, medio en serio medio en broma, por haberse portado mal. Alessandro prefirió marcharse.

Al día siguiente la bella señora le hizo esperar durante dos horas. Por fin los criados lo introdujeron en la habitación, y encontró a la señora jugando con su bufón tirado por el suelo mientras ella, absolutamente seria, lo atormentaba dejando caer todo su peso sobre él, primero apoyándose en un pie y luego en otro. El bufón reía y reía sin parar con tantas cosquillas como aquello le producía, pero cuando vio aparecer a Alessandro se liberó de su ama para gritar: “¡Malo diojo, malo diojo!”, y salió a escape. Alessandro se enfadó, aunque preguntó a la señora qué tenía a bien mandarle. “Quiero ir a Canino”, dijo. Al oírlo Alessandro se sintió desfallecer. Creo que no se lo he dicho a ustedes antes, pero ese era precisamente el nombre del lugar donde Romolo y los dos ingleses sufrieron el asalto de los bandoleros. Le explicó lo peligroso que era ir allí, además de lo lejos que quedaba, pero una vez más tuvo que aceptar.

El viaje era demasiado largo como para hacerlo de una sola tirada, así que la comitiva se detuvo a pernoctar en Corneto. Su alojamiento fue en realidad la casa de un terrateniente y arqueólogo diletante, que también hospedaba a los viajeros ocasionales. Los criados y el bufón fueron a dormir al establo. Mientras tanto, el dueño de la casa hizo todo lo posible por entretener a sus huéspedes también tras la cena. Todavía estaban a la mesa cuando él les enseñó las joyas que habían encontrado sus hombres al excavar, pues allí, en sus tierras, se araba –según él mismo aseguraba– sobre los huesos mismos de los antiguos etruscos. Insistió en que la señora las viera bien y luego en que las aceptara como un regalo, pues, efectivamente, le sentaban de maravilla. Ella quiso corresponder y mandó entonces a Alessandro que partiera un bollo de pan que tenía a su lado. Con gran sorpresa Alessandro descubrió que también en el pan había joyas y también un precioso reloj. Se quedó sin palabras. Los había reconocido: eran los que les habían robado a los ingleses, los mismos que posteriormente acabaron apareciendo bajo la cama de Romolo. Le costó lo indecible mantener la serenidad y pidió permiso para retirarse. Aquella noche no pudo conciliar el

sueño hasta casi llegada el alba y, cuando por fin consiguió dormirse, lo despertaron unos gritos que venían de fuera. Se asomó a la ventana y vio bajo la luz incierta a los criados de la señora formando un círculo en el prado rodeando al bufón, al que daban golpes sin parar simplemente para pasar el rato. Este gritaba como un poseso. Por la mañana Alessandro estaba hecho polvo, cabalgaba a la cabeza de la comitiva aturdido por el sueño y el miedo, hasta que le sacudieron los gritos del bufón que se había adelantado en su burro hasta ponerse a su altura: “¡Malo diojo, malo diojo!” Alessandro levantó la cabeza. Al lado del camino, en lo alto de un poste, había unos restos humanos. Eran los de su hermano. Por un instante no supo qué hacer, habría deseado picar espuelas y salir de allí volando, cuando otras voces lo detuvieron. De pronto estaban rodeados por unos bandidos, los mismos a quienes ya conocía, los mismos a quienes había pagado para que asaltaran a Romolo. Alessandro estalló. Comenzó a gritarles a los delincuentes que aquello no era parte del trato, que ya le habían causado demasiados problemas, que ya les había pagado, incluso de sobra. Les dijo muchas otras cosas que aquellos no quisieron escuchar y de un golpe de culata lo tiraron al suelo. Cuando se despertó ya era de noche, la luna ya estaba en lo alto. “¡Malo diojo, malo diojo!”, oyó que lo llamaban en voz baja. Era el bufón, que entre risas y con una fuerza extraordinaria lo ayudó a levantarse. Luego le agarró del pelo para obligarlo mirar hacia arriba, al poste junto al camino, del que los restos ya habían desaparecido. Luego lo hizo hincarse de rodillas y fue entonces cuando Alessandro se encontró frente a la señora, que sentada entre la hierba en el borde del camino recomponía con hilo de oro las cuatro partes del cuerpo de su hermano. “Perdón”, intentó decir él, pero oyó cómo el bufón decía su nombre, secamente, y apenas tuvo tiempo de girarse para ver cómo aquel dejaba caer sobre él su maza. Le asestó un golpe entre el ojo y el oído, y Alessandro sintió en su interior un crujido. Quedó aturdido, aunque aún consciente. Pudo contemplar los ojos terribles de aquel loco que lo miraba riendo con sus dos medias bocas, y que meneó ante sus ojos su meñique tieso. La uña era larga y afilada. Con ella le agujereó el cuello como a los cerdos, continuando la apertura hasta abrirle el pecho. Alessandro permaneció consciente durante todo el tiempo que tardó en hacerlo. Su cabeza separada del busto podía

contemplar ahora el resto de su cuerpo colgado del poste. Al rato vio cómo la Piazza del Popolo daba vueltas a su alrededor: aquel demonio llevaba su cabeza agarrada de las orejas bailando y cantando y sus ojos seguían vivos. Después la puso en lugar de la de su hermano, si bien no es menos cierto que al día siguiente nadie al mirar a los ojos se dio cuenta de la diferencia.

Palmira cuenta que aquella noche escuchó una carroza detenerse frente a su casa. Su excelencia, la señora de M***, fue muy amable con ella y le enseñó a su hijo y luego Palmira le mostró el suyo, estuvieron hablando y hablando de ese tipo de cosas de las que normalmente hablan las madres, aunque no consigo imaginar en qué lengua pudieron entenderse. Entonces la noble señora le pidió ser la madrina del bautismo del chico. Palmira cuenta que las puertas de la iglesia se abrieron solas, y me dijo que allí mismo, entre los criados silenciosos, pudo volver a abrazar a Romolo, vestido como los demás, de nuevo sano, solo que con puntadas de hilo de oro alrededor del cuello. Él fue muy feliz de poder ver a su criatura. Sin embargo, al finalizar la ceremonia, Romolo volvió a abrazarla muy fuerte para despedirse, diciéndole que él ya estaría siempre al servicio de la señora y debería seguirla muy lejos, lejos de Roma. Mientras tanto, fuera de la iglesia, el diablo jorobado no dejaba de hacer miles de cabriolas sin parar de reír.»

«Si los aquí presentes fuéramos niños, tras escuchar una leyenda tan espeluznante no querríamos dormir solos esta noche.»

«¡Pero qué leyenda! Mi querido amigo francés, le insisto en que yo no he inventado nada, yo solo he repetido lo que doña Palmira me contó. Por supuesto que su hijo me dijo luego que no hiciera caso de los cuentos de su madre, pero no es menos cierto que el muchacho nunca podrá saber hasta qué punto unos sucesos que supuestamente acontecieron cuando apenas él solo mamaba leche de su madre sucedieron en verdad o no.»

«Le ruego que disculpe mi lógica tan francesa, pero estoy seguro de que un hijo sabe perfectamente cuándo su madre está o no loca. Por lo demás, si la historia de Romolo fuera cierta, hay cosas de sobra en ella que harían volverse loco a cualquiera, y

mucho más a una pobre mujer tan crédula como esa Palmira a la que usted mismo ha retratado: si ya antes era dada a tomar sus sueños por verdaderos, parece normal que tras la tragedia se refugiara en un mundo de disparatadas esperanzas. Luego la devoción, esa fe que usted tanto admira en las personas a las que llama *sencillas*, habría hecho el resto. Mire, amigo, que usted haya sido capaz de, a partir de todo ello, componer una historia que le gusta contar al menos tanto como a nosotros escucharla no basta para hacerla verdadera. Pero por aquí viene el señor Serny sin duda para anunciarnos que el almuerzo está listo. Quizá usted sepa algo de la historia de Romolo Cecconi, si es que –vaya usted a saber– siquiera llegó realmente a existir.»

«Que realmente existió es algo, señor cónsul, que puedo confirmarle. Yo mismo, Bartolomeo Bosco, lo conocí bien. Y es por esta razón que la historia me ha impactado tanto. Que efectivamente fuera oficial en el regimiento de Dragones “Regina” en Rusia ya es otra cosa. Que volviera milagrosamente vivo de allí como un resucitado es algo que no puedo saber con certeza; eso sí, puedo decirle que yo también morí en la campaña de Rusia, me explico, que creyéndome muerto me abandonaron en el campo de batalla, y que como un resucitado volví a mi país dos años después, cuando mi familia ya me había llorado y sepultado –cómo sería la cosa que no les supo demasiado bien verme vivo de nuevo—. Pero no es de mí de quien quiero hablar, sino de Cecconi, a quien recuerdo perfectamente. Era famoso entre sus compañeros por su audacia en la batalla y su audacia aún mayor en la mesa de juego, en la que tenía fama de invencible jugando al *piquet*. Yo no era aún lo que soy ahora, sino muy joven, además de un simple recluta, explorador en el segundo regimiento de infantería ligera, aunque entre mis camaradas ya era yo famoso por ese tipo de habilidades manuales que luego han acabado convirtiéndose en mi profesión. Créanme, no es de mi gusto hablar de él en estos términos, y más ahora que sé que está muerto y que murió de esa manera terrible; al fin y al cabo ambos compartimos la experiencia de sobrevivir a Rusia. Pero me veo obligado a decirles que eran muchos los que creían que el invencible Cecconi lo era porque hacía trampas. Nadie jamás lo había pillado, y los pocos que habían osado poner en duda que lo suyo

fuera otra cosa que descarados golpes de fortuna no tuvieron otra que tragarse sus acusaciones en el campo del honor con alguna que otra puntada de sable en su cuerpo. Es increíble como en aquel tiempo entre nosotros los soldados se pensara que la destreza a la hora de usar un arma podía decidir qué había de erróneo o de verdad en cuestiones tan delicadas como las que pueden surgir entre unos caballeros durante una partida de *piquet*, pero por entonces pensábamos así y nos comportábamos en consecuencia. El caso es que, a pesar de los duelos, algunos oficiales de mi regimiento a quienes Cecconi había desplumado con tan sádico placer seguían empeñados en saber la verdad y me obligaron a medirme con él. Por supuesto que hoy ni siquiera un loco se arriesgaría a jugar con Bartolomeo Bosco, y yo mismo soy incapaz de tocar un naípe si no es en el escenario de un teatro. Pero en aquellos días mi fama se reducía al mundo de mis compañeros de armas, quienes de vez en cuando me pedían divertirlos con mis trucos, que por entonces no eran nada del otro mundo, pues, les repito, yo era muy joven. De hecho, fue toda una hazaña conseguir que Ciccone aceptara jugar conmigo, ya que yo era de inferior graduación y no pertenecía al arma de caballería, pero mis oficiales habían contribuido con una generosa cantidad para colocarme en condiciones de apostar fuerte y, en cuanto Romolo vio mis monedas de oro, accedió a una partida. Por entonces se hablaba mucho del honor del regimiento, y una partida de cartas entre dos militares acabó por convertirse en un combate entre infantería y caballería, por mucho que allí fuéramos todos italianos y además a todos nos hermanara sin saberlo la desgracia de una guerra que estaba ahí, observándonos de cerca. Pero era típico de aquellos tiempos no pensar mucho en lo que se hacía.

Me dejé ganar en la primera partida porque quería ver qué trampas hacía. De que hacía trampas, si bien con gran habilidad, me di cuenta enseguida. Soy de Turín, y aunque ello no es motivo de orgullo para mi ciudad, puedo asegurarles que en eso de rectificar el curso de la fortuna, tal y como lo he visto hacer desde muy joven en tabernas y salones de mi ciudad, los turineses no tenemos parangón en el resto de Italia. Creo que es algo que tiene que ver con nuestro carácter reservado, pues quizá más que en ningún otro lugar allí sentimos encima la fingida cortesía en quienes nos rodean, lo que nos hace ser más precavidos.

Cecconi era romano y no sabía resistirse a la tentación de tomarle el pelo a un rival y de paso conquistar la simpatía del público y provocar sus risas; aunque debo reconocer que lo hacía con cierta gracia. Para festejar la primera victoria sus camaradas comenzaron a dar ruidosos golpes en la mesa con las empuñaduras de los sables: el jaleo era tal que para que me oyera pedir la revancha no tuve más remedio que hacerlo a gritos. Fue a partir de ese momento cuando comenzó a perder de un modo desastroso y en seis partidas seguidas no le salió un solo as. Esta contrariedad no le impidió continuar con sus bromas, pero era muy evidente hasta qué punto llegaba su enfado: se había dado cuenta de que había topado con un adversario más fuerte que él. En la séptima partida comenzó a maldecir su mala suerte, pero lo hizo diciendo que los ases me tenían tanto cariño que parecían querer estar todos en mi bolsillo. Estaba claro que pretendía acusarme de hacer trampas, y entonces yo me anticipé. Le dije que eso no era cierto, y de pronto extraje uno de su manga, otro de debajo de la solapa del cuello, y después al menos otros diez haciendo creer a todos que los sacaba de su vestimenta o su cuerpo, cuando era realmente yo quien los tenía ocultos y los hacía salir a mi antojo. A estas alturas todos los soldados de mi regimiento se descoyuntaban de risa. Los Dragones, por su parte, esperaban en silencio la reacción de su oficial: quizá esperaban que me haría pedazos al instante, pero él los dejó completamente desconcertados. Romolo Cecconi estalló a reír y me dio un abrazo. Me dijo que pagara la bebida de todos los presentes con el dinero que había ganado, y todo tuvo únicamente esta afable conclusión. Sin embargo, más tarde tuvo una charla conmigo sin testigos delante en la que me felicitó por mi habilidad. Me reconocía el mérito de no haberlo denunciado por tramposo delante de todos y me propuso que formáramos sociedad en la mesa de juego. Yo quise negarme con diplomacia, pero él se enfadó muchísimo con mi rechazo. Me dijo que no podía batirse en duelo conmigo porque era superior en rango, pero que cualquiera de sus asistentes lo haría en su lugar encantado. Le respondí fríamente que por mi parte no tenía inconveniente en batirme aunque fuera con uno de sus caballos con tal de que hubiera uno que supiese usar la pistola, y me marché dándole la espalda con gran miedo a que me atacara a traición. Luego la guerra supo hacernos olvidar estas cosas. Esto

es todo lo que puedo decirles sobre Cecconi, y además ya era hora de que deje de hablar pues el señor Serny está aquí con el propósito de decirnos algo y solo su exquisita amabilidad le ha impedido interrumpirme.»

«Ay, excelencia, y también ustedes, mis ilustrísimos señores, ruego perdonen que me vea obligado a molestarles, pero debo rogarles que tengan aún un poco de paciencia, pues mi humilde establecimiento está hoy patas arriba. Un augusto personaje, cuyo nombre no puedo revelar, ha querido reservar solo para él y su séquito toda la *table d'hôte*. Imploro su perdón y la gracia de saber esperar; será un placer servirles un poco más tarde. Mientras tanto, si les apetece pueden probar cualquier *hors-d'oeuvre* para calmar su apetito. Puedo acomodarles aquí, en el saloncito de la entrada. Allí nadie les molestará.»

«Bravo, Serny, y bravo también por el bueno de su cocinero. Estoy seguro de que el señor Bosco y su excelencia el señor cónsul esperarán y se comerán todo lo que usted quiera ofrecerles. Yo, por mi parte, no comeré nada, mi perjudicado estómago no me lo permite. Pero si desea que nos quedemos aquí tan estupendamente por amor a esos inesperados y misteriosos huéspedes suyos, deberá, señor Serny, satisfacer primero otro tipo de apetito, el de mi curiosidad. Usted no ha escuchado la historia que acabo de terminar, la historia de Romolo Cecconi, historia que yo conocí de boca de su viuda y que mis dos nuevos amigos no quieren creer. No sé si la conoce por completo, pero a Romolo Cecconi seguro que lo conoció.»

«Ay, cuánto siento señor Nicolò lo de su estómago, pero confío en que mi cocinero esté a la altura de la delicadeza de vuestros gustos. Por otra parte, usted ya lo conoce y ha de reconocer que nunca le ha defraudado. Sobre la otra cuestión, espero que sus excelencias sabrán disculpar mi imperdonable indiscreción. La verdad es que no he podido evitar escuchar lo que acaba de contar el señor Bosco. Pronto he reconocido el asunto del que estaban hablando, quizá también porque todo el mundo en Roma conoce las historias que va contando por ahí la pobre Palmira desde que enfermó al ver el suplicio de su marido en la Piazza del Popolo: que si la mismísima

Virgen hizo que volviera a ver vivo a su marido y cosas por el estilo. Hay que compadecerla, pero su hijo sí es sin duda un joven extraordinario y humilde. Por aquella época yo tenía poco más de veinte años, y por entonces precisamente mi padre había muerto inesperadamente dejándome a cargo del hotel aquí en Piazza di Spagna, y de dos hermanos pequeños. Romolo Cecconi era un hombre muy astuto y, desde luego, su proyecto de abrir un gran hotel, como después lo ha conseguido el hijo del príncipe T*** en la Piazza del Popolo, nos quitaría mucha clientela a los demás. Sin embargo, el propio Romolo ofreció a mi padre comprarle nuestro establecimiento aquí en la Piazza di Spagna por una cantidad que nos habría hecho ricos, pero no fue voluntad de Dios. Sin duda que la de las joyas fue una historia muy desagradable. Es cierto que cuando se trataba de negocios Cicconi no sabía de amigos, pero eso de ser salteador de caminos y que hubiera robado a los ingleses era algo que nadie quería creer; aunque, por otra parte, las cosas debieron de ser así, pues antes de morir se confesó y comulgó, y es bien sabido que no se puede dar la absolución a quien no admite sus propios crímenes. Quien después se volvió loco fue su hermano, el tuerto, que también acabó mal, siempre borracho. No tenía buen carácter, pero no era ni mucho menos un mal tipo, y por lo que se ve debió de arrojar al río a causa de la desesperación, ya que llegó un momento en que nadie lo volvió a ver. Me acuerdo que cierta dama rusa, hospedada en nuestro hotel, lo había contratado como guía, pero tras un par de días no volvió a presentarse ni siquiera para cobrar lo que se le debía. Todos pensaron que el pobre se había ahogado, aunque nunca se llegó a encontrar su cuerpo. En cambio, por lo que se refiere a Palmira, les puedo asegurar que aunque se le haya ido un poco la cabeza es una mujer extraordinaria, sin duda una intachable mujer de su casa, a pesar de que las malas lenguas digan que de vez en cuando precisamente en su casa se oye algún que otro ruido extraño. Quiero decir que dicen que hay espíritus, pero no es cierto, pues su hijo hizo que la bendijeran toda entera de la bodega al tejado. Lo que pasa es que a la gente le gusta contar cosas por hacer daño a los negocios de los demás.»

«¿Habéis oído, amigo francés? Nadie puede negar que mi versión de la historia sea verdadera. Nadie ha vuelto a ver vivo al her-

mano de Romolo Cecconi, así que cada uno puede pensar lo que mejor crea sobre su final, pero para mí hay más verdad en lo que cuenta Palmira que en todas sus hipótesis racionalistas.»

«El problema con ustedes los rusos es que su fe en lo absurdo con frecuencia acaba dándoles la razón. Al menos así sucede en su país. Quizá cuando vuelva usted a Rusia se le aparezca su Romolo Cecconi, ahora disfrazado de sumiso mayordomo, para servirle *hors-doeuvres* mientras usted está sentado a la mesa en cualquier elegante casa de San Petersburgo. ¡A propósito, aquí están!, ¡qué aspecto tan magnífico!, ¿de verdad que no le apetece? Y usted, señor Bosco, usted que es mago, ¿qué piensa realmente de los muertos que resucitan?, ¿y cómo consiguió usted resucitar de Rusia, si no le incomoda que se lo pregunte?, ¿es que también llegó a desafiar a una partida de *piquet* a la mismísima muerte? Por mi parte, yo era y soy un simple funcionario, y me salvé de una manera ciertamente prosaica, simplemente volviendo hacia la retaguardia cada vez que el ejército conquistaba un nuevo enclave, subido en una estupendo carruaje, sin ningún truco de magia, como no sea el de quitarle las herraduras a mi caballo para que no resbalara sobre la nieve.»

«No me gustaría que pensasen que mi intención es hacer publicidad de mi arte como prestidigitador, que no como un vulgar trilerero, pero efectivamente fueron mis manos, estas que aquí ven, las que me salvaron, y me salvé robando. Esperen un momento antes de poner esa cara: yo en realidad no he robado nunca nada en toda mi vida excepto la atención del público, pero que soy un extraordinario carterista eso sí puedo decirlo sin falsa modestia. El mérito no es mío, sino de los excelentes maestros que he tenido la fortuna de conocer ya desde niño. En una de las buhardillas del edificio donde mi familia reside aún en Turín vivía un viejo ladrón, Giacolèn se llamaba, que fue el primero en enseñarme a hacer desaparecer cosas o a meterlas en los bolsillos de los demás desapercibidamente. Yo le llevaba las sobras de la cena que, literalmente, me quitaba de mi propia boca y escondía en la servilleta, y él me daba a cambio cada día una clase. No creo que hubiera llegado a ser lo que soy sin su inspiración. Luego no hubo farsante o prestidigitador de tres al cuarto a quien no calentara la cabeza para que me

enseñara sus trucos. Por aquel entonces Turín era una ciudad alegre, y cada victoria francesa, pues formábamos parte de Francia, era ocasión para celebrar magníficas fiestas con carreras de caballos, fuegos artificiales, regatas y ferias. Quizá por ello, a pesar de vivir en una familia fiel al recuerdo de los Saboya, yo acabé por convertirme en un ardiente admirador de Napoleón. Pero después tuve aún más suerte. Los franceses obligaban a trabajar en el puente de piedra sobre el Po a los prisioneros españoles, a quienes las mujeres de mi familia enviaban siempre algo de comer como signo discreto de resistencia legitimista, obligándome a mí, partidario del emperador, a llevar la cesta. Fue así como conocí y me hice amigo de un gitano, quien me enseñó casi todos los secretos que atesoran los de su raza. Para ellos robar es verdaderamente un derecho y la destreza en ese arte se respeta tanto como cualquier virtud, algo que tampoco les hace muy diferentes a nosotros. Al poco me alisté y, como ya he contado, hice toda la campaña de Rusia, durante la cual acabé siendo oficial a las órdenes del duque de Reggio. Conseguí sobrevivir a la retirada, hasta Vilna: allí murieron más soldados pisoteándose los unos a los otros a las puertas de nuestros almacenes de comida que en el paso del Berezina. Yo no viví este enésimo desastre, pues mi compañía o, mejor dicho, lo que quedaba de ella fue situada a las afueras de la ciudad junto a los soldados bávaros con el fin de detener el avance de los cosacos. Fue inútil, pues nos derrotaron y yo recibí una lanzada en el muslo derecho que me hizo perder el sentido y quedar sobre la nieve en medio de otros camaradas muertos. Pero esta fue mi suerte. Me desperté al sentir que me tocaban. Era un cosaco que me registraba para quitarme, creyéndome también muerto, unas pocas monedas de oro que aún me quedaban encima. Tuve la prudencia de fingirme muerto y no abrir los ojos, haciendo un gran esfuerzo por no reír, pues mi situación me parecía cómica. No sé por qué lo hice, pero mientras el cosaco me robaba comencé yo también a vaciarlo a él sin que se diera cuenta, consiguiendo quitarle con mis manos ateridas de frío siete rublos de plata que llevaba dentro de su enorme pelliza y también un yesquero de poco valor. Cuando acabó de despojarme y ya se iba derecho a limpiar algún otro cadáver más allá, me di el gusto de desahogarme gritándole: “¡Hermano, me parece que no te conviene el cambio!” , una de las

muchas frases en ruso que había aprendido de los judíos que seguía nuestro ejército trapicheando con el producto de nuestros robos. Le enseñé sus siete rublos y su yesquero, convencido de que me rajaría la garganta. “¡Muy bien hecho, hermanito!” me dijo, y sin dejar de reír me hizo beber de una cantimplora ese brebaje suyo que parece agua y sabe a fuego. Después, para mi sorpresa, me cogió en brazos y me subió a la grupa de su caballo tras abrigarme con su abrigo de piel. Tras interrumpir por aquella jornada su tarea de rapiña, me llevó hasta su refugio y ordenó que me curaran y me dieran de comer. Se preguntarán por qué me perdonó la vida. Casi tampoco lo comprendí yo hasta que entre risas me puso delante de todos sus compañeros: la cosa era que lo sucedido le había hecho tanta gracia que no conforme con contarle quería que todos me vieran actuar allí como prueba y testimonio de que había sido cierto. Lo más normal es que tras narrar su historia me hubiera abandonado, pero un poco porque me había tomado cariño y un poco porque yo por mi parte me puse a entretenerle a él y a sus camaradas con los pocos trucos que en aquella situación me permitía ofrecerles, la cosa acabó en que me confió a un oficial ruso, un príncipe moscovita de aspecto melancólico, quien, a pesar de todo, también acabó riéndose a costa de mi historia. Me llevó a un hospital, donde me remendaron como buenamente pudieron, y después, ya prisionero en compañía de otros oficiales italianos, franceses y alemanes, nos dirigimos primero a Vologda y luego a Tobolsk, en Siberia Occidental, donde me convertí en el favorito del gobernador local, quien, al igual que todos los aristócratas del lugar, estaba desesperado de aburrimiento. No pudo creer que con darme quinientos rublos bastaría para que me procurara todos los artilugios necesarios para mis trucos. Lo de tener que inventarme cada semana un truco nuevo para divertir a su excelencia en el palacio de gobierno fue la tiranía más útil bajo la que pude vivir si pienso en lo que ha sido mi futuro. Juzguen ahora ustedes si no es cierto que, como he dicho, me salvé por arte de magia». *Esta historia la he contado ya tantas veces que ni siquiera me acuerdo de si es cierta o no. El señor mujik me mira con la boca abierta, quizá no está contento con que yo me salvara, o quizá esté enfadado porque le he robado el protagonismo. Y este otro, el cónsul francés, parece de lo más contento con mi historia. Se ríe con felicidad, entrecerrando los ojos de*

modo tal que parece un mandarín chino. La verdad es que tiene un aire de macaco, este buen hombre, uno de esos ídolos de porcelana que se ponen sobre la chimenea, así tan pequeño y redondo. Bien mirada, esa uña tan larga del meñique con la que de vez en cuando tan finamente se limpia el oído daría envidia al mismo emperador de la China.

«Pero bueno, señor Bartolomeo, ¿cómo es posible que precisamente usted, que es todo un mago, no haya sido capaz de contarnos una historia de muertos que renacen, de diablos, de brujas, usted que sabe hacer volar un pichón después de haberlo freído en la sartén o volver a ponerle la cabeza después de habérsela cortado?»

«Ah, usted habla del truco de la paloma blanca y la paloma negra. Pobres animales; usted comprenderá que a la primera pareja de desafortunadas avecillas la sacrifico realmente, y que la otra pareja, la paloma blanca de cabeza negra y la negra con cabeza blanca, espera con paciencia a que las saque en el último instante de la cola de mi traje; al mismo tiempo pido disculpas al respetable público por haberme equivocado al recolocar la cabeza de una en el cuerpo de otra. En cualquier caso, estoy contento al comprobar que me ha hecho el honor de asistir a mi todavía poco perfeccionado espectáculo. Espero que no viniera la primera noche, cuando los romanos se dieron el gusto de tratarme como trataron al gran Rossini en el estreno del *Barbiere*. Solo les faltó por tirarme al escenario un gato.»

«¿No le parece a usted también, señor Bosco, que los romanos, tan supersticiosos e ingenuos cuando se encuentran ante una Virgen de yeso, son demasiado insolentes respecto a muchas cosas que otras gentes mucho menos crédulas que ellos consideran, por el contrario, al menos con respeto?»

«Bueno, uno juega con los que se puede jugar, pero con la religión... , con la Iglesia hemos topado, amigo mío. No obstante, lo que pasó aquel día no fue que los romanos desconfiaran de mis trucos, sino más bien una jugarreta del empresario, que no quería respetar los compromisos que había adquirido conmigo, así que organizó un pequeño complot para hacer que un grupo entre el

público me silbara a mitad de mi actuación. Pero me bastó con dar algo a un ayudante muy cercano al señor gobernador para que amenazaran a dicho empresario con cerrar el anfiteatro Corea durante una temporada para que todo volviera a la normalidad, y la noche siguiente los bondadosos romanos estaban allí mirándome con la boca abierta como cualquier público culto y respetable de Europa que se precie. Incluso me apabullaron con sonetos y odas. Mire esta que tengo aquí, dedicada a “Turandó el encantador”, que resulta ser yo mismo. Dura casi doscientos versos, pero se los ahorro; escuche solo estos:

Oh Bosco, tú, que si por azar nacido hubieras
en tiempos más oscuros o lugar menos tolerante
donde las mentes más pobres de miras fueran
y pesase de la superstición el yugo sofocante,
preparadas sin duda ya tuvieras
la pez y la leña para en la hoguera quemarte,
si es verdad que eres mago y hechicero
que tengas la gracia de escuchar mi ruego espero.

Ruegos que luego resultaban ser cosas tan poéticas como que a ver si podía cambiar la cabeza a la gente igual que lo hacía con las palomas, o cosas más prosaicas y humildes, como que le regalara dos entradas para mi espectáculo. A cien versos la entrada, bien puede decirse que mi pobre y entregado poeta se las sudó bien sudadas*. Tenía incluso la pretensión de publicar sus odas en una revista literaria, pero vino a verme todo desconsolado para confesar con el mayor de los secretos que a las autoridades romanas no les agradaba especialmente que se publicara nada sobre mi persona. Quizá el pobre tuviera miedo a que ya no le diera las entradas, qué va: no podía imaginar lo orgulloso que me sentía de que el papa me considerara un peligro público. Quizá tenga usted razón al pensar que mis cubiletos puedan llegar a hacer competencia a los huesos de los mártires, o a esas imágenes con ojos que se mueven. Por lo

* La loa que figura anteriormente pertenece al poeta en romanesco Giuseppe Gioachino Belli, aunque dicho poema no aparece en la antología editada en español por Luigi Giuliani (ed. Hiperión, Madrid, 2013); la traducción es nuestra. (N. del T.)

demás, me hicieron saber de modo encubierto que lo que sobre todo no les gustaba en absoluto era ese experimento físico-químico mío con el que transformo en vino el agua de una jarra, y de hecho tuve que quitar ese número del programa.»

«¿De verdad puede hacerlo? Mire que yo conozco a un poeta muy diferente a ese vuestro, un romano que conocí en casa de una aristócrata compatriota mía, la famosa princesa Volskonkaya, en cuyo salón recita magníficos versos satíricos en la lengua genuina de los romanos. Él le diría que en su truco no hay nada de especial: los dueños de las tabernas de Roma practican de continuo este milagro, cambiando el vino por agua. A menos que usted no pretenda insinuar que Nuestro Señor no era más que un prestidigitador como usted...»

«Me atrevería a decir que es usted un provocador, querido señor Nicolò, si no supiera bien que es un cuentacuentos. Yo soy mago, no un teólogo. Aquí en Roma no me atrevería jamás a poner en duda la santidad de los milagros. El ferrocarril, los barcos a vapor, el globo parecerían a los antiguos romanos obra divina, de Júpiter, de Vulcano, incluso a los romanos más sabios; pero no a nosotros, que sabemos cómo funcionan. Del mismo modo mis trucos pueden parecer increíbles porque el público no sabe cómo hago para realizarlos. Yo no digo que haga milagros, me limito simplemente a imitar su efecto.»

«Estoy totalmente de acuerdo, amigo mío. Un barco que flota, una rueda de gira o un poco de humo que se eleva en el aire no son en absoluto milagros, por mucho que el presidente del gobierno de este país, su santidad el papa, siga halagando estos simples efectos de la física diciendo de ellos que son obra del diablo. Lo que señor Nicolò necesita es un muerto que camine, un asno que hable, una escultura mediocre que derrame lágrimas de sangre. ¡Quiere milagros de los de verdad! Al menos quiere ese tipo de milagros tal y como los entienden los de aquí; si no..., ¿se imaginan a los romanos llevando a cuestas en procesión hasta San Pedro el primer barco a vapor francés que llegó a Civitavecchia?»

«¿Un milagro de los de verdad, señor cónsul? Pues permítame ahora que en tal sentido le cuente una interesante historia que me

sucedió en Nápoles, hace poco menos de dos años. Había llegado a un ventajoso contrato con el famoso empresario Barbaja para mostrar mi espectáculo en el Teatro del Fondo durante todo el carnaval, a mil francos por actuación, y tuve también algunas sesiones en la corte, una de ellas en villa Favorita, para esa santa mujer, la pobre reina de Nápoles, a la que el cólera se llevó precisamente aquel año. No tenía otros compromisos antes de aquellos, así que llegué a Nápoles anticipadamente para descansar y pasar lo peor del invierno. Era huésped de un caballero inglés, a quien había conocido en la corte de Londres y que se había mudado a aquella ciudad por placer, aunque él prefería hablar de “razones de salud”. Juntos quisimos ir a ver el milagro de san Genaro, patrón de Nápoles, del que creo que ustedes han oído hablar.»

«En Nápoles vi el milagro del Vesubio en erupción, que de noche es el más bello espectáculo del mundo, pero ese de san Genaro no sé bien lo que es; sí que he oído hablar de él, pero me marché de allí antes de la fiesta de septiembre. ¿De qué se trata exactamente?»

«Por favor, señor Bosco, le ruego me permita que sea yo quien ilustre a nuestro joven amigo. Sepa usted que no hay cosa igual ni siquiera en Roma, pues en Nápoles quizá san Genaro es más importante que Dios mismo, sin contar con la gran ventaja de que uno puede ponerse a blasfemar a voces tranquilamente si el santo tarda en hacer su milagro o si no le concede a uno la gracia que le ha pedido. Su negra sangre coagulada, que el arzobispo de la ciudad muestra a los fieles en un frasco de cristal sellado, acaba convirtiéndose por regla general en líquida y roja tras una espera de horas en medio de una multitud endiablada tan numerosa que el único milagro que verdaderamente hay es que nadie muera ahogado mientras tanto. Hace diez años fui a contemplar tan singular ceremonia, digna de la India o del Tíbet, junto a un valeroso oficial napolitano, bravo *sabreur* a las órdenes de Murat, e igualmente bravo en los salones a la hora de defender su ateísmo, tanto que hacía parecer al mismísimo Voltaire un monje apocado. Pues bien, al poco de llegar ante el altar el bravo y descreído oficial ya estaba de rodillas llorando y abriéndose paso como en una carga de caba-

llería entre las ancianas mujeres del lugar para conseguir que el cura le tocara la frente con el cristal de la sangre. Después el pobre estuvo escondido una semana por la vergüenza, pero qué podía hacer, era napolitano y no supo resistirse.»

«Sí, es exactamente así. El milagro, supongo que lo han entendido, consiste en la licuefacción de la sangre coagulada, cosa que resulta que llegue a suceder en un frasco sellado, sin que se use un disolvente del tipo que sea. Mi amigo inglés, escéptico de profesión, me contó que había ofrecido mil guineas al patronato de san Genaro con tal de que le dieran un poco de esa sangre para analizarla; pero, obviamente, le tomaron por tonto. Yo le dije que por mucho menos dinero yo reproduciría al menos la apariencia del milagro, y él me desafió entusiasmado a que no conseguiría hacerlo. Le pedí una semana de tiempo y acepté el reto. La escena tuvo lugar justo una semana después en presencia de un público muy escogido, en el salón del banquero Carlo Rothschild. Tras una actuación normal a base de juegos de magia, hice que dispusieran velas encendidas, más o menos las que suele haber en el altar durante el milagro de san Genaro, y un frasquito, sellado ante testigos, que ya traía preparado para la ocasión. En él había cierta materia negra, absolutamente igual a la sangre coagulada del patrón de Nápoles. Hice que todos los presentes la vieran antes mientras repetía los términos de nuestro desafío. Cuidado, que allí no había símbolo alguno de culto, ni me permití rezar oración alguna mientras manejaba el frasco ante las velas realizando exactamente los mismos movimientos que yo había observado en el celebrante una semana antes. En vez de eso, me dediqué a explicar del modo más sencillo cómo en mi frasquito no había otra cosa que blanco de ballena, esa cera que se saca del cachalote y con la que se fabrican velas y pomadas, coloreada de rojo y mezclada con un poco de ácido sulfúrico. Después les dije que era suficiente con la diferencia de temperatura debida al calor de las velas para que la mezcla pasara del estado sólido al fluido hasta conseguir la consistencia de la manteca de cerdo derretida. Ya está.

¡Ojalá no lo hubiera hecho! Para diversión de mi amigo inglés, casi todos los napolitanos presentes, y especialmente las señoras, por otra parte todas ellas refinadísimas y vestidas a la última moda

de París, de repente se tiraron al suelo de rodillas gritando milagro. El más escéptico de los nobles napolitanos presentes no se arrodilló, pero sí me hizo el honor de retarme a duelo para defender la honra de su san Genaro. Acepté, aunque me reservé el derecho a escoger el arma. Pues bien, cuando nos disparamos, de su pistola salió un precioso pichón, y de la mía fulares de seda y un par de conejillos blancos. Para mi suerte, los cortesanos encontraron divertida mi ocurrencia, ya que no veían los duelos con buenos ojos, ni siquiera en nombre de san Genaro.»

«En definitiva, ¿lo que usted quiso fue burlarse de la religión cristiana en casa de un judío?»

«Si es así como quiere verlo, no soy yo quien le va a contradecir, pero puedo asegurarle que el señor Carlo Rothschild no se divirtió en absoluto con aquello; de hecho, desde aquella noche su salón estuvo prohibido para mí.»

«Vamos, vamos, señor Nicolò, tome un poco de este esturión marinado, seguro que no le puede sentar mal, no es más pesado que el vuelo de un ángel. El señor Bosco no pretendió por nada del mundo ser blasfemo. Además, recuerde que usted también, al ser ruso como es, aquí en Roma no es ni más ni menos que un cismático. Lea a Bocaccio, ahí encontrará también a santos hombres de iglesia burlarse de la credulidad del pueblo. Nuestro amigo no es, por supuesto, Simón el Mago, alguien a quien haya que hacer caer del cielo mientras vuela por las alturas contando su bella historia.

Pero en fin, hay que contrarrestar tanta incredulidad, no hay más remedio que contar algo que sea completamente edificante, una historia de almas pías y hombres de fe. Pero, téngalo en cuenta, la historia que viene ahora es una historia verdadera, dada por cierta por un tribunal eclesiástico, a la que yo jamás me permitiría añadir casi nada de mi cosecha.»